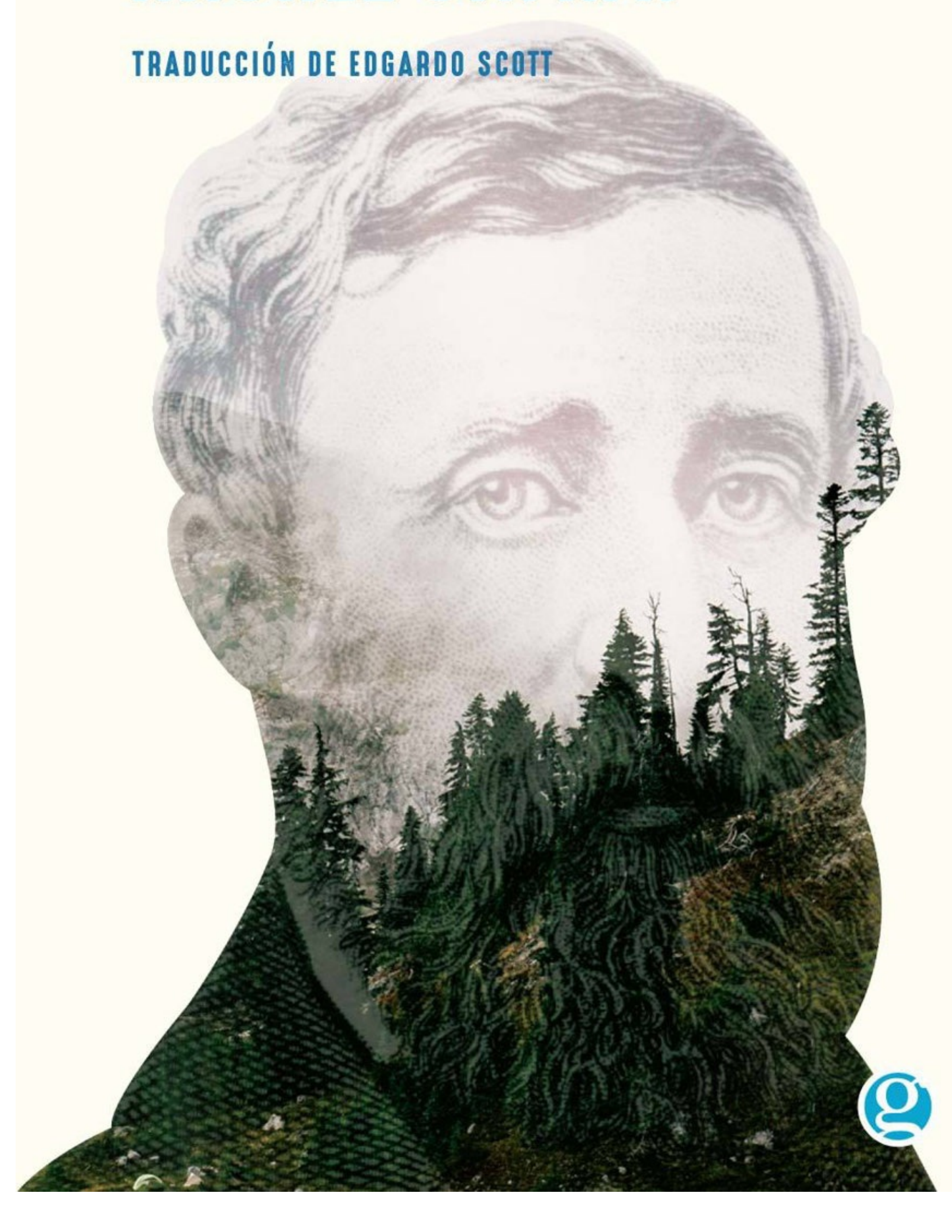
THOREAU, EL SALVAJE

MICHEL ONFRAY

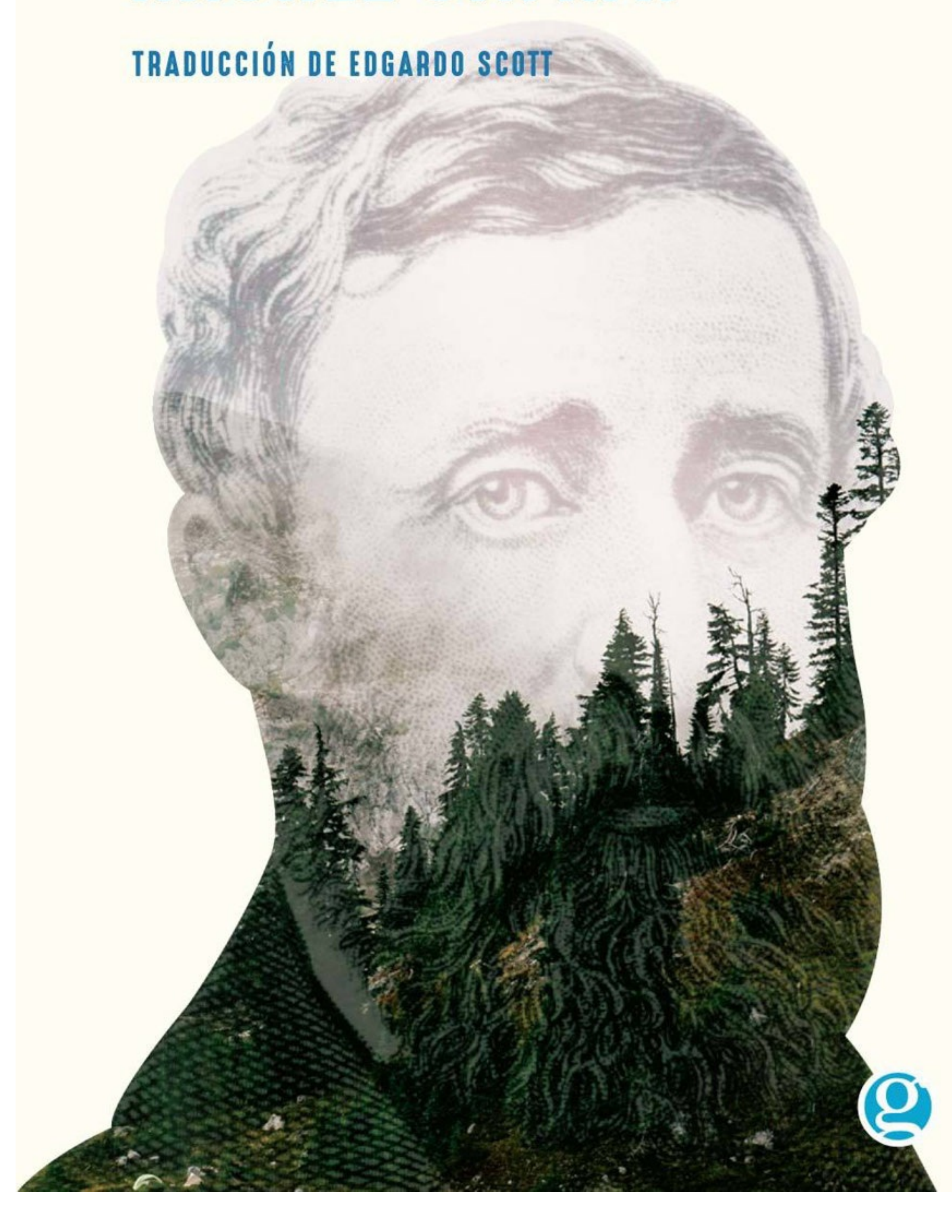
TRADUCCIÓN DE EDGARDO SCOTT



THOREAU, EL SALVAJE

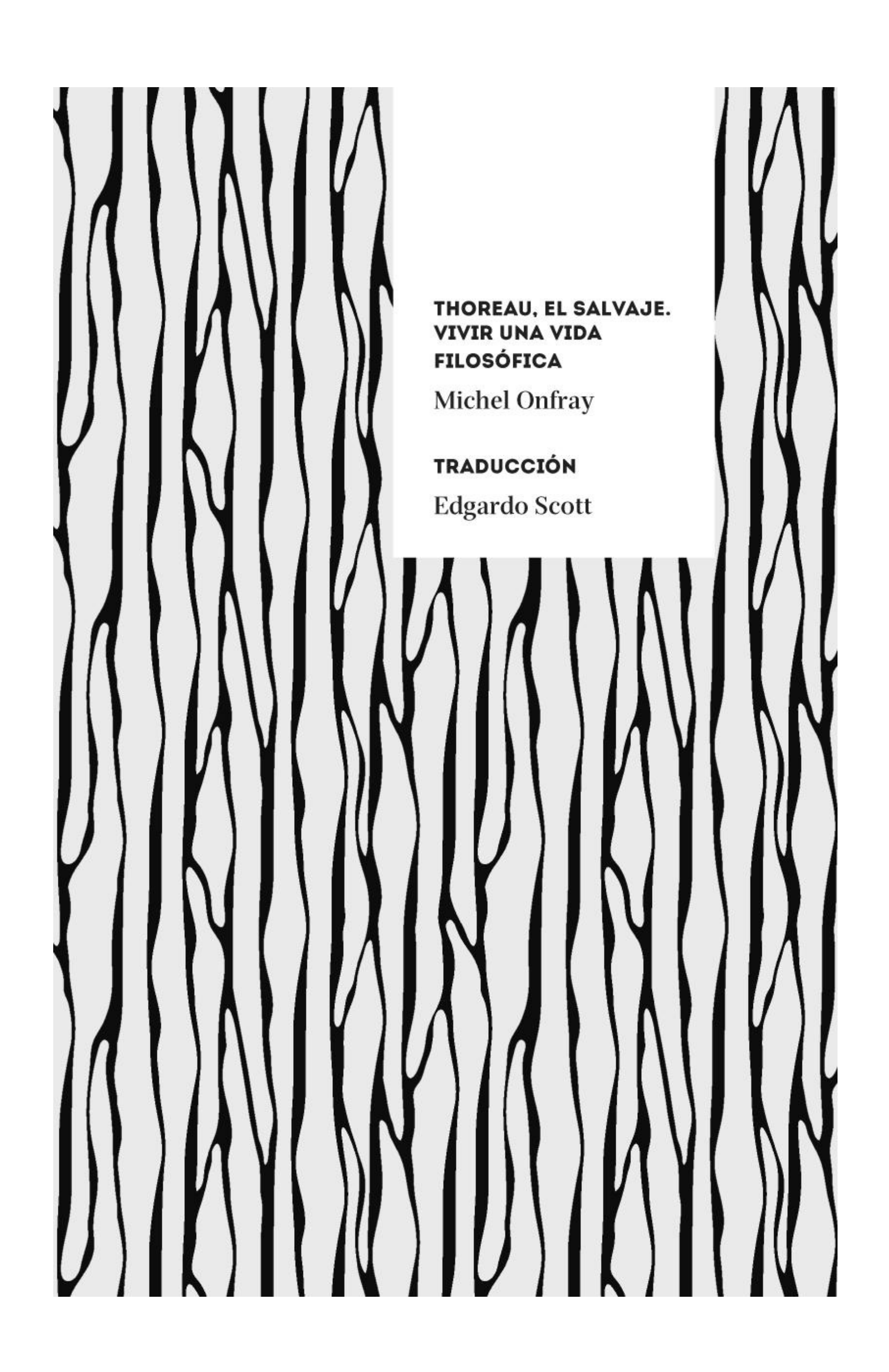
MICHEL ONFRAY

TRADUCCIÓN DE EDGARDO SCOTT



Michel Onfray nació el 1 de enero de 1959 en Argentan, Francia, en el seno de una modesta familia normanda. Cuando tenía diez años, fue abandonado en un orfanato salesiano. Trabajó en una fábrica de quesos y fue empleado ferroviario. Se doctoró en filosofía con 27 años con la tesis Les implications éthiques et politiques des pensées négatives de Schopenhauer à Spengler [Las implicaciones éticas y políticas del pensamiento negativo, de Schopenhauer a Spengler]. De 1983 a 2002, enseñó filosofía en un instituto de formación profesional de la ciudad de Caen. En 2002, junto con otros profesores de filosofía, crea la Universidad Popular de Caen, donde da seminarios anuales, gratuitos y libres, en los que cruza hedonismo, anarquismo y estética. Reconocido ateo y socialista libertario, Onfray tuvo gran repercusión con su Tratado de ateología, publicado en 2005 por Ediciones de la flor. Thoreau, el salvaje es su primer libro publicado en Ediciones Godot.


MARTINEZ


THOREAU, EL SALVAJE.
VIVIR UNA VIDA
FILOSÓFICA
Michel Onfray
TRADUCCIÓN
Edgardo Scott

Índice

- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

- [51]
- [52]
- [53]
- [54]
- [55]
- [56]
- [57]
- [58]
- [59]
- [60]

-

81

-

82

-

83

-

84

-

Estimo a un filósofo en tanto

sea capaz de dar un ejemplo.

Friedrich Nietzsche

1. ¿Qué es un gran hombre?

¿Cómo podría una época llena de hombres pequeños leer y comprender una reflexión sobre los grandes hombres? En todos los tiempos, las civilizaciones han dado lugar a figuras humanas que superan a los hombres: el genio, el héroe, el artista, el santo, el sabio, el profeta, el semidiós… Nuestros tiempos democráticos, surgidos del aserrín donde el 21 de enero de 1793 cayó la cabeza de Luis xvi, creen que la igualdad es el igualitarismo o, dicho de otro modo, que debe promoverse el odio de lo que es grande; pero esta patología jamás podrá conseguir que lo que es pequeño sea otra cosa que pequeño, ni de otra forma que con mezquindad.

Durante siglos, la Vida de los hombres ilustres, de Plutarco, fabrica numerosos temperamentos en la Europa judeocristiana, de Montaigne a Charlotte Corday, parienta de Corneille, también él alimentado con leche romana, pasando por Erasmo y Rabelais, Bacon y La Boétie, de Maistre y Rousseau, Shakespeare y Emerson, así como los otros trascendentalistas, Thoreau incluido. No es de extrañar que después de la Revolución Francesa ya no hubiera muchas personas que hicieran de las Vidas de Plutarco un libro de edificación espiritual. El gran hombre de aquí en adelante será asimilado a un tirano, el tirano no como proveedor de guillotinas, ¡ay!, sino como el pequeño rey que prefería verificar los cerrojos antes que prestar atención a las finanzas del Estado (la famosa deuda, por cierto...).

El siglo XIX tendrá su gran hombre, Napoleón, que obligará a pensadores y filósofos a ocuparse de su caso, en compañía de poetas y pintores, novelistas y escultores, músicos y dramaturgos, a la espera de los cineastas...

Hegel fue quizás quien lo dijo mejor: el gran hombre es aquel que la historia crea para que él la realice... Astucia de la razón, él es un producto de la historia que se ocupa de crear la mano que creará... la mano de la historia. El gran hombre inventa la historia que inventa al gran hombre.

El mismo siglo XIX también posee su otro gran hombre: Brummell, príncipe de los dandis, como un doble cómico de la primera versión trágica. Napoleón estaba creando la Historia; Brummell, impecables nudos de corbata, pero mirando al

cosmos, eso sí que vale la pena... A Hegel no le resulta indigno hablar sobre los dos personajes en su Fenomenología del espíritu, ¡para gran felicidad de Kojève! Napoleón terminó en Santa Elena, la historia es conocida, y Brummell en el Bon-Sauveur de Caen, el hospicio de locos e indigentes, en una vieja gloria obesa, desdentada, harapienta, arruinada, ridícula. Cuando no mueren bajo el puñal, los grandes hombres a menudo terminan como los pequeños, incluso como los realmente pequeños y los muy pequeños.

El más grande de los grandes hombres es a menudo aquel que, para los otros, no lo parece, que no hace ruido y atraviesa su existencia detrás de huellas ontológicas. Sus combates son contra él mismo, sus victorias también. ¿Sus campos de batalla? También él mismo. ¿Sus emboscadas o sus asaltos, sus riesgos y sus ataques? También y siempre él mismo.

Hombres representativos de Emerson aparece en la mitad del siglo XIX, el siglo de las masas, del capitalismo y del comunismo, del socialismo y del anarquismo. Carlyle había publicado Los héroes en 1840. Burckhardt habla de los grandes hombres en sus Reflexiones sobre la historia universal de 1871. Nietzsche lo recordará con el ultrahombre en su Zaratustra.

Emerson ha leído a Plutarco y a Carlyle. El filósofo estadounidense, amigo de Thoreau, así como podía ser un hombre de madera áspera y gruesa, tenía el deseo de cortar los puentes ideológicos con la “Europa de los antiguos parapetos”, por retomar las palabras de Rimbaud, a fin de buscar la verdad menos en los libros del Viejo Mundo que en el “gran libro de la naturaleza”, citando esta vez a Diderot.

Él, Thoreau, leerá lo que se encuentra escrito antes de Europa, sin Europa; en la India, la Bhagavad-gītā o los Upanishad; en Irán, las Veda; en Asiria, la Epopeya de Gilgamesh y otros grandes textos sagrados; en Palestina, la Biblia, que son todos puros poemas líricos, antes de confiar más todavía en la naturaleza que conocen mejor los indios, de quienes él coleccionaba hasta el más mínimo rastro: puntas de flechas u otros signos de esta civilización sin escritura.

La filosofía europea, toda entera bajo el yugo platónico y realzada por el cristianismo, ha celebrado el Logos, la Razón, el Concepto, la Idea y otras variaciones del tema ontoteológico. Para ella, lo real era menos importante que las palabras que lo decían. La vida, menos significativa que los libros que la contaban. Al no pensar el mundo más que a partir de grimorios y de archivos que

hablaban del mundo, el Occidente cristiano —Europa— ha reducido la vida, lo real, el mundo a una miserable pilita de polvo, como el que encontramos en los altillos abandonados o en la biblioteca de un ancestro muerto desde hace mucho tiempo.

En el siglo XIX, los Estados Unidos le han dado un gran estímulo a la filosofía, pero la Europa filosofante nunca ha querido aceptarlo: ella siempre ha preferido a los fabricantes de conceptos, hasta hacer de ellos, bajo el reino de Deleuze, que sigue en apogeo, el signo distintivo del filósofo; ella ha querido a los verborrágicos, los difusos, los oscuros, e incluso, en el siglo X, a los delirantes, los patógrafos, como si crear un concepto estuviera sin más al alcance de la mano... Ella ha fijado a Heidegger con alfileres, mientras él ahogaba las cosas en la niebla suabia de su saber fenomenológico hasta borrarlas con su glosolalia.

En el mismo movimiento, esta Europa filosofante ha ninguneado al Emerson de La conducta de la vida, al Thoreau de Walden, a los trascendentalistas, al John Muir de los diarios de viaje por el Ártico, al John Burroughs de Construir su casa, al Aldo Leopold de El almanaque del condado arenoso. Tanto peor para ella, que ha dado a luz monstruos ilegibles, quimeras llenas de blablablá, abstracciones de quintaesencia posmoderna. Despreciando las lecciones trascendentalistas estadounidenses, la filosofía europea ha perdido la oportunidad que estas le ofrecían de no morir en un callejón sin salida, como un perro con la lengua afuera.

La misma Europa que le dio la espalda a los Estados Unidos le ha dado también la espalda a lo que fue considerado como la pérfida Albión de la filosofía: Bacon, Berkeley, Locke, Hume, Hutcheson no sirven para mucho; ni hablemos de los “escoceses” Thomas Reid o Dugald Stewart. Se ha preferido, antes que ellos, al idealismo alemán y la fenomenología germánica, al materialismo dialéctico teutón y el psicoanálisis vienés. Resultado: el más completo nihilismo; como se dice, “apagón total” después de un gran corte de luz.

Carlyle, entonces. Emerson lo visita cuando efectúa su gira europea pasando por Italia y París. Está dos días con él, una noche en su domicilio. Vagan por los páramos escoceses. Hablan de Cromwell, de Fausto, de Voltaire y de Robespierre (me encantaría haber sido un pequeño ratón para poder verlos y escucharlos...). También discuten sobre la necesidad de la acción y del hacer,

sobre Dios y la inmortalidad del alma. Carlyle se queja de los periodistas, de la gente de letras, de la injusticia social, de sus contemporáneos. ¡La señora Carlyle le muestra a Emerson un collar enviado por Goethe en persona! Emerson le propone al pensador escocés ir a los Estados Unidos a enseñar o dirigir una revista. Él se niega. Entablan una correspondencia que durará hasta la muerte de Carlyle en 1881.

Durante este tiempo, Thoreau le cuida la casa, pero también a la señora Emerson y a su hijo. Él no habría visto con malos ojos que su marido no sacara pasaje de vuelta. Hombres representativos no tiene sentido entonces sin relación con Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la Historia, que apareció en 1840.

Carlyle (1795-1881) era un calvinista escocés que había perdido la fe: tres razones para ser un hombre terrible. Radical y panfletario, critica la democracia y el capitalismo, la aristocracia y la burguesía. Solitario, pobre, libre, independiente, no tiene que rendirle cuentas a nadie; produce un análisis atípico, pero justo.

En el origen de la humanidad, se encuentra el héroe como divinidad, Odín; en su evolución, el héroe deviene profeta con Mahoma, poeta con Dante y Shakespeare, clérigo con Lutero y Lenox, hombre de letras con Johnson, Rousseau, Burns; en su modernidad, el héroe deviene rey: Cromwell y Napoleón, ahí estamos nosotros.

Napoleón es “nuestro último gran hombre”, escribe Carlyle; sobre todo porque en julio de 1815, a bordo del Belerofonte, en el puerto de Plymouth, ¡el emperador demanda la hospitalidad inglesa para escapar de los realistas franceses! Por sí solo, él resume la totalidad de las variadas formas del heroísmo: profeta, poeta, clérigo, hombre de letras, rey. Procede de la era de la imprenta. Está ahí para guiarnos.

¿La tarea del pueblo? Encontrar al hombre más capaz, elevarlo al lugar supremo, el de rey, y venerarlo con lealtad. Se advierte que tal programa, en los tiempos en que Marx fabrica su máquina de guerra conceptual y dialéctica leyendo a Hegel y Feuerbach, ¡parece mirar más hacia el pasado que en dirección al futuro!

Napoleón fue grande cuando creó los hechos y los acontecimientos; cuando domesticó la Revolución Francesa y le permitió sobrevivir en instituciones perdurables; cuando transformó, gracias a un instinto seguro, la negatividad de la

Revolución en positividad institucional; de este modo, su destino ha devenido orgánico.

Por el contrario, Napoleón fue pequeño cuando dejó de creer en los hechos y en los acontecimientos para someterse a los simulacros, cuando el demócrata devino un tirano. Fue “un gran boceto, un esbozo burdo sin terminar”. En una bella imagen, Hegel da la fórmula de los grandes hombres: “Luego de lograr su objetivo, caen como cáscaras vacías”.

Carlyle fue demasiado lejos en la Historia para hablar de gran hombre; Emerson quiere volver al cielo de las ideas, que para él se encuentra sobre la tierra. Lo que, convengamos, vuelve a la tierra muy espiritualizada, si no espiritual. El espíritu es para él la única materia, con lo cual resulta ser un materialista muy etéreo. No por nada había sido pastor; no renuncia tampoco a esta función sin argumentos...

Diez años después del libro de Carlyle, Ralph Waldo Emerson da su versión en Hombres representativos (1850). En la edición francesa por Izoulet y Roz para Armand Colin, el subtítulo es “los sobrehumanos”, que no se refiere a nada del título inglés. La edición de Crès de 1920 titula directamente Los ultrahumanos: se trata por entonces de aprovechar el envión de la moda nietzscheana en Francia. Pero es un error; es más bien Nietzsche que sufre la influencia de Emerson, y no a la inversa, por razones de fechas: Nietzsche nace en 1844...

Emerson afirma también que el gran hombre es el hombre representativo. Su grandeza reside en su representatividad. Cuanto más represente a su tiempo, su época, su civilización, su cultura, su continente geográfico, histórico, cultural, mental, más grande será. Paradójicamente, es por lo tanto su individualidad en este punto de incandescencia donde el hombre alcanza lo universal y deviene grande. Montaigne era así, a Emerson le gustaba mucho Montaigne.

Para Emerson, el gran hombre habita las más altas esferas del pensamiento. Mantiene una relación particular con la superalma (oversoul) que es otro nombre para el “alma del mundo” o incluso el “alma universal”. Dios existe, es cierto, pero seguramente no con forma antropomórfica. Hace tiempo que Emerson ha dejado de creer que Dios está en el templo protestante. En Naturaleza y en Las fuerzas eternas, Emerson asocia a Dios con el “espíritu del mundo”, a la “energía

de la naturaleza” con las “fuerzas cósmicas”. Está en la misma cruzada que Platón, Plotino, Spinoza, Hegel, Goethe. Pero más allá...

Los individuos proceden de la superalma en el modo platónico, y de esta forma desigual. Aquel que participa mucho es un gran hombre. Desde entonces, mantiene una relación privilegiada, fuerte, directa, irracional, instintiva, inmediata con la superalma. De este modo, como con la dialéctica ascendente que conduce al Bien platónico, con la purificación vía las hipóstasis que llevan a un Bien plotiniano, con el conocimiento del tercer género que conduce a la dicha spinocista, con la dialéctica que conduce al espíritu absoluto hegeliano, incluso con el saber de la voluntad de poder sin la cual lo ultrahumano es imposible, el gran hombre define al filósofo capaz de experimentar el goce de la comunión mística con las fuerzas que son la intimidad del mundo.

El gran hombre es el receptáculo privilegiado de la superalma del mundo; él asegura la legibilidad, la visibilidad; contagia por su sola presencia, a partir del principio de la capilaridad; actúa más rápido, más lejos, más fuerte que los otros; ve lo que los otros no ven; aprehende la naturaleza de lo real en un instante; gana las elecciones por su pensamiento y por su acción que legitiman lo real; hace saber que aquello que ha sucedido no podía no suceder; se orienta hacia un solo objetivo; ontológicamente, es un monomaníaco. Como Carlyle, Emerson da los nombres de sus grandes hombres: Platón el filósofo, Swedenborg el místico, Montaigne el escéptico, Shakespeare el poeta, Goethe el escritor, Napoleón el hombre del Universo.

¿Para qué sirve el gran hombre? Para ser un modelo: él nos hace seguirlo; para contagiar con su experiencia; para generar de nuevo grandes hombres; dicho de otro modo, para asegurar el progreso de la humanidad, la cual, pecando contra el marxismo, no se realiza con las masas, sino con los individuos de excepción.

Según este criterio, también Emerson fue un gran hombre. Porque, venida de Carlyle, la idea pasa por él para llegar hasta Nietzsche. Emerson asegura así su lugar en la historia como un gran hombre que posibilita la existencia de otros. Los Hombres representativos han alimentado el pensamiento de Nietzsche desde su juventud hasta producir un día el ultrahombre, ¡una figura, ah!, oscurecida por la parodia de los textos y el pensamiento del filósofo efectuada por su hermana, que ha creado falsedades que se le imputan y que tanto han hecho por su mala

reputación.

Emerson fue una lectura de juventud de Nietzsche. Él lo cita en efecto ya en sus deberes para el colegio de Pforta, cuando no tiene ni veinte años. Nietzsche leyó los Ensayos, después los perdió en una estación de tren. Conocía también La conducta de la vida y Sociedad y soledad. En los Fragmentos póstumos, Nietzsche dijo sobre Emerson que fue “el hombre de este siglo más fecundo en pensamientos”. Pueden encontrarse pensamientos de Emerson, pero también imágenes suyas, en Así habló Zaratustra.

Para Nietzsche, que fue un admirador de Burckhardt, un lector de Carlyle que él detestaba (probablemente demasiado cercano a él, como Spinoza...), un adversario de Hegel, un admirador de Goethe y de Napoleón, pero también, entonces, un lector entusiasta de Emerson, el ultrahombre es aquel que sabe que no hay más que la voluntad de poder, que esta define lo que quiere la vida en la vida, que está en el cosmos y en la brizna de hierba, en las piedras y en los astros, en los ácaros y en el filósofo, que no hay lugar para ninguna libertad, ningún libre albedrío, que es preciso desear este deseo que nos desea por ser libres, que uno debe amar su destino porque así se conoce una dicha, una beatitud que prueba el alcance de lo sobrehumano.

Se puede afirmar al fin que, en este sentido, ha habido otro gran hombre, pero tan grande que fue modesto y discreto, feroz y mal peinado, fuera de la norma e inasignable, libre como una nutria y orgulloso como un pez, orgulloso como un árbol y sabio como un narciso, antipático, salvaje como un indio, indomable como un lobo y quisquilloso como una mula: Thoreau. Thoreau, que fue discípulo de Emerson como se es discípulo cuando se ha comprendido a su maestro: siguiendo su propio camino. En nuestros tiempos democráticos, un gran hombre es aquel que hace solo su propio camino. En él habla el alma del mundo.

2. Autorretrato de su futuro

¿A quién se parecía el joven Henry David Thoreau, quien, por lo demás, no se llamaba así —ese era su seudónimo—, sino David Henry Thoreau (1817-1862)? En la inversión que hace del orden de sus nombres, un partidario de la magia freudiana vería una confesión apenas disimulada... Por mi parte, yo veo un deseo más prosaico de hacerse a sí mismo, en lugar de ser hecho por su familia: un signo de afirmación del poder de la voluntad sobre la construcción y la constitución de una identidad.

No es tampoco azaroso que este cambio de nombre coincida con la decisión de escribir un diario que incluirá catorce volúmenes al momento en que, veinte años más tarde, a la edad de 44 años, una tuberculosis lo envíe a reposar al pequeño cementerio de Concord, Nueva Inglaterra, el pueblito donde nació, vivió, escribió, meditó, sin irse jamás, con algunas notables excepciones: la mudanza de sus padres en su tierna infancia, después el retorno al terruño, cuatro años de estudios en Harvard y una estadía de ocho meses en Nueva York.

Thoreau proviene de una familia anglonormanda. Su familia paterna vivía, en efecto, en Saint-Hélier, Jersey. Venían de Francia, del Poitou más exactamente; llegaron en 1685, tras la revocación del edicto de Nantes. Dejaron la isla en 1773 para embarcarse en un galeón corsario en dirección a los Estados Unidos. Su abuelo era marinero en el castillo de proa y esperaba la ocasión para participar en la revolución cuando llegara el momento.

Sus padres militan por la abolición de la esclavitud. A pesar de los riesgos que ello implica, reciben en su casa a esclavos fugitivos, a militantes de la causa abolicionista, a diversos actores de este combate. Practican la filantropía, de modo que nos saca una sonrisa constatar cuánta energía emplea Thoreau en fustigar la filantropía y mostrarse misántropo, para terminar, a fin de cuentas, él también como un feroz abolicionista. El hombre que se niega a pagar sus impuestos para financiar la guerra contra México y que, en el proceso, escribe Desobediencia civil, se volverá un defensor de la violencia política, incluso del asesinato político, en su Apología del capitán John Brown. El camino está lejos de ser evidente cuando se tiene que tratar con la familia... Identidad difícil, una vez más.

Su padre era comerciante. Llegará a ser fabricante de lápices. Su hijo se ocupará de transformar la pequeña fábrica en un taller, en el que los lápices tendrán una excelente calidad, antes de consagrarse a otras actividades; se convertirá en maestro, después renunciará y se convertirá en agrimensor. Haz tanto, incluso más que tu padre, antes de volverte diferente de tu padre...

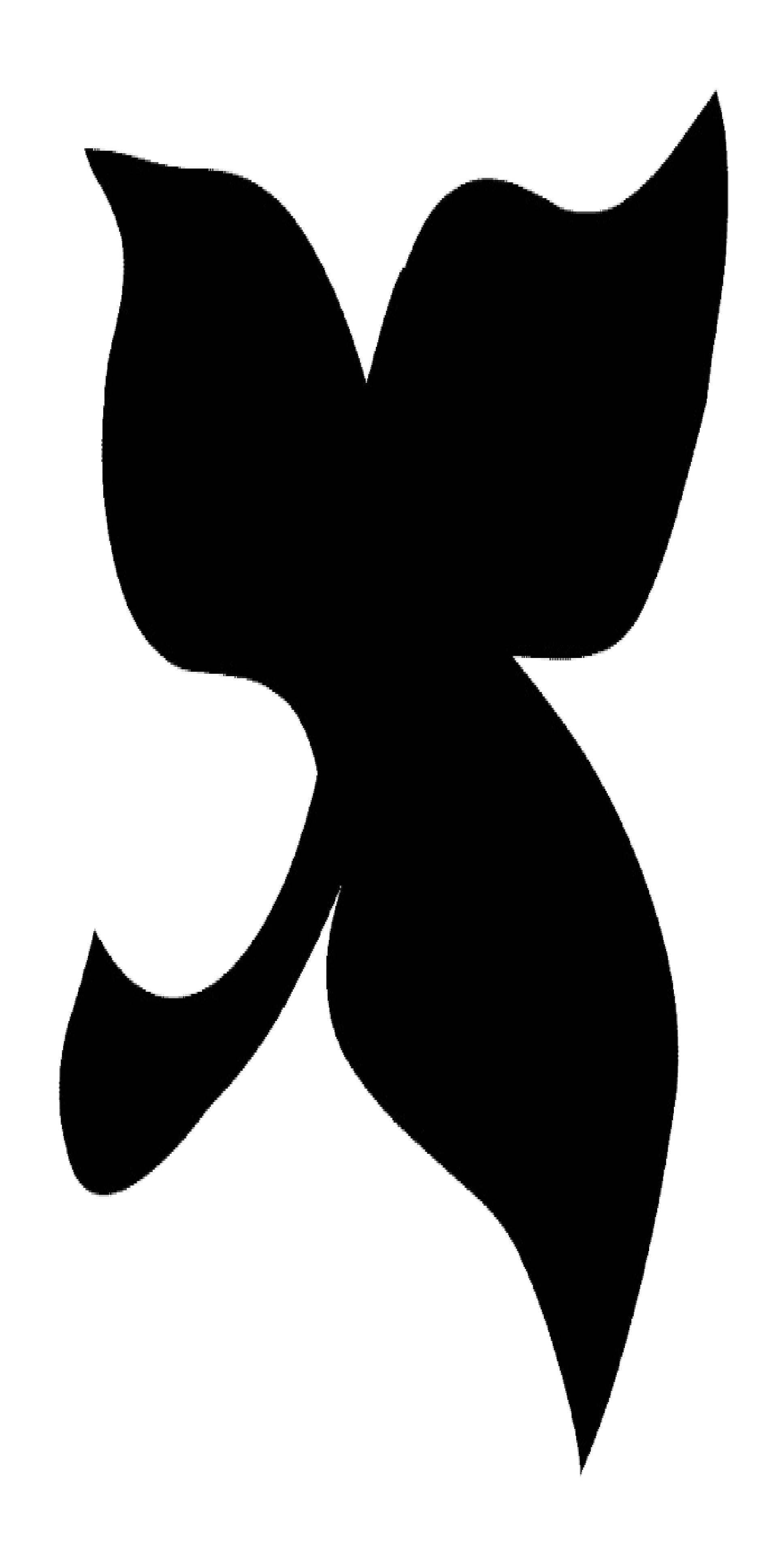
Los orígenes normandos, el cruce del océano desde Europa hacia el oeste del Nuevo Mundo, el padre como figura inolvidable... Thoreau se aprecia mejor cuando conocemos Concord, en el estado de Massachusetts, la pequeña ciudad de dos mil almas en la cual nació, el 12 de julio de 1817. En su autobiografía (escrita cuando era joven), Thoreau afirma: “Siempre estaré orgulloso de la ciudad donde nací; que ella jamás tenga razón para avergonzarse de sus hijos. Si te olvido, ay Concord, deja que mi mano derecha olvide su habilidad. Tu nombre será mi pasaporte en países extranjeros”. Sus padres se mudan mucho. Un día llegan a Concord desde Boston. Para hacerlo, atraviesan los paisajes de bosques y praderas que conducen a Walden. Thoreau hablará del “paisaje fabuloso de (sus) sueños de infancia”. Tiene entonces cuatro años y medio.

El lugar es en efecto idílico para impregnar el alma de un niño. Bosques, colinas, selvas, lagos, estanques, las corrientes del río Merrimack donde Thoreau rema con su hermano en una balsa construida por él mismo; contará esta experiencia en Una semana en los ríos Concord y Merrimack, así como hablará de sus caminatas por el bosque en Los bosques de Maine. Al fondo del jardín de su abuela hay un curso que desemboca en el arroyo de Luminarck, que alimenta los lagos de los alrededores.

El niño suministra la trama del adulto: Thoreau pasa su vida intentando no romper relaciones con su infancia. La libertad del niño es su ideal. Construir cabañas, pescar en el estanque, remontar los ríos en balsas, caminar en el bosque, mirar el mundo entre sus piernas, trepar a los árboles, bañarse en las aguas de Walden en cualquier estación: nada puede ser más dichoso para el adulto en que se ha convertido...

El elemento de Thoreau es sin dudas el agua. Cuando define al hombre, habla de una “masa de arcilla que se deshace”. Tiene diversas variaciones sobre este tema: los dedos son gotas solidificadas, las orejas, los labios y la nariz, estalactitas congeladas, el mentón, una gota gruesa hacia la cual converge todo lo que fluye de la cara, las mejillas muestran que la frente fluye, los pómulos separan esas líneas...

En su funeral, Emerson leerá un texto inédito de Thoreau donde este afirmaba: “Pido que me fundan. Todo lo que ustedes hacen con los metales es ser suave para el fuego que los funde”. Fluir y fundirse para derramarse y fundirse en la naturaleza, finalmente, verdaderamente, completamente. Thoreau fue un filósofo heraclíteo: el pensador del río que fluye y para el que la única permanencia es la impermanencia. Él habría vivido inmóvil en el río.



Thoreau es un alumno brillante. Traduce del griego y del latín, pero se ratea seguido con su amigo Jack. Cicerón y Platón están muy bien, pero la canoa y el río son mejores. Disponemos de sus escritos de juventud, que son los deberes que le entregaba a sus profesores, temas de discusión que escribía entre los dieciséis y los veinte años. Las preguntas planteadas a los estudiantes de entonces son de un nivel alto; las respuestas dadas por Thoreau, de una sorprendente madurez.

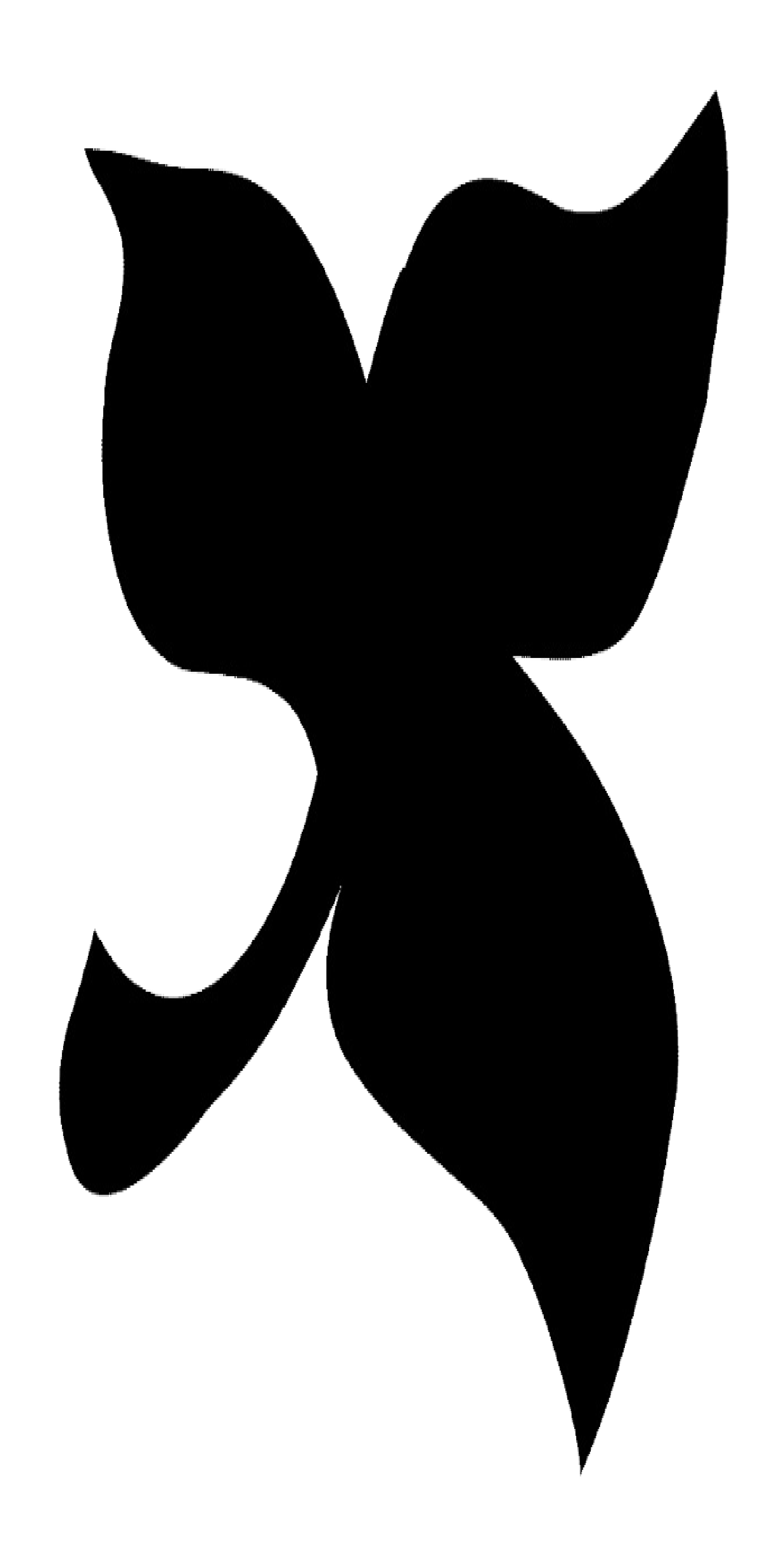
A la siguiente consigna: "Vivo como un príncipe: no por aquello de la pompa en la grandeza, sino por aquello del orgullo y la libertad: maestro de mis libros y mi tiempo. Hable de los placeres y los privilegios de un letrado", Thoreau responde partiendo de una cita de Horacio en latín: "Todos aquellos que se adentran en la escritura aman el bosque y huyen de las ciudades".

La disertación que sigue muestra muy bien que cada uno lleva en sí la potencia de su ser antes de que, si las condiciones lo permiten, esta devenga en acto. Porque el joven Thoreau pone en perspectiva el genio y la incapacidad de vivir con sus semejantes redoblada por un deseo de aislarse para vivir lejos de las multitudes. Abandonar el mundo a cambio de una vida solitaria no podría concebirse más que en el individuo excepcional dotado de meditación; sería una locura para una persona a la que no le interesaran ni la lectura, ni la escritura, ni la meditación. Hay júbilo, un verdadero placer en llevar una vida filosófica de meditación.

Thoreau escribe: "Aquel que depende de sí mismo para sus placeres, que encuentra todo lo que quiere en sí mismo, es realmente independiente; porque apelar a los maestros para esperar el objetivo buscado por todo el mundo es vivir en un estado de confianza y dependencia perpetuas". El filósofo libertario se deja ver íntegro en esta frase: la autonomía, ser en sí mismo según la propia ley, no depender de nada ni de nadie, "crearse libertad", por tomar prestada la fórmula de Nietzsche, he aquí el proyecto existencial del joven.

Vivir en compañía de los grandes antiguos más que de los pequeños contemporáneos, frecuentar a los filósofos antiguos y a los sabios orientales, conversar con Sócrates o Zoroastro, es estar menos solo, incluso perdido en el medio del bosque, que junto a los mediocres que pululan. Thoreau reivindica la aristocracia, celebra "el pathos de la distancia", para recurrir una vez más a

Nietzsche, quien, por esta época, todavía no ha escrito nada, pero al cual se parece en más de un título.

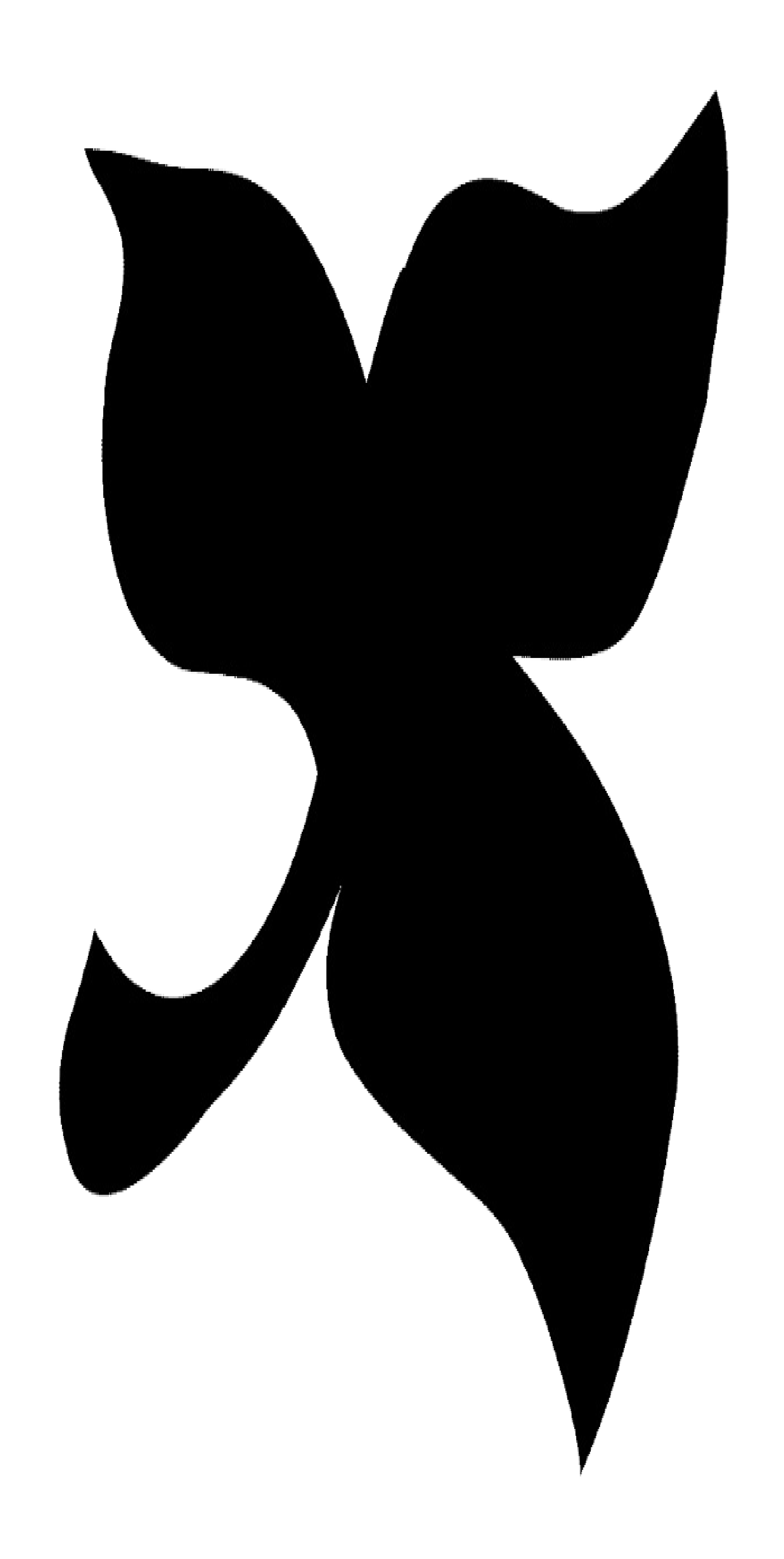


Otro texto de juventud resume ya todo su devenir y su futuro. Allí dice: “Sobre el diario íntimo, donde registramos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros temas de estudio y nuestras experiencias cotidianas, con resúmenes de libros y las opiniones que nos hemos hecho de su primera lectura”. Esta definición formulada por quien escribirá un diario de más de seis mil páginas durante un cuarto de siglo, un trabajo interrumpido solo por la muerte, no puede dejar de sorprender... No es seguramente lo que lo habrá impulsado a convertirse en un diarista, pero permite saber lo que pensaba el futuro diarista de su objeto...

Thoreau advierte que a veces un pequeño croquis que un pintor esboza por placer dice más que la obra más elaborada que pueda producir. Lo mismo sucede con el autor del diario que, cuando consiga una idea que le viene espontáneamente al espíritu, dice más y mejor, con más fuerza y más justamente, que en una idea elaborada. Una máquina que retranscribiera fielmente estas ideas inmediatas sería de una gran utilidad. El diario es un poco esta máquina...

La práctica del diario le permite afinar la expresión de sus sentimientos, de sus sensaciones, de sus ideas. Aquellos que se quejan de no poder poner palabras a lo que sienten, ganarían mucho escribiendo un diario. Volver sobre el tiempo transcurrido, consignar los pensamientos, anotar las ganancias existenciales cotidianas, conocer, por lo tanto, las pérdidas existenciales cotidianas, “ajustar cuentas con el espíritu”, he aquí lo que permitiría aumentar las experiencias del día a día, y así conocer(se) mejor. Escribir una página permite así pasar a la siguiente y escribir lo que sigue.

El diario funcionará como el taller existencial de Walden. Los detalles de la vida cotidiana de esta experiencia de vida se encuentran consignados sin ornamentos. Thoreau retomará sus notas para construir después esta obra maestra de la filosofía concreta que es Walden.



Sus textos de juventud son, ya, un autorretrato de su futuro. En “Seguir la moda”, Thoreau fustiga a aquellos que, justamente, siguen la moda por miedo de parecer extraños —porque hay que serlo y parecerlo—; en “Los diferentes objetivos planteados por el hombre”, establece una lista de aquello que, la mayor parte del tiempo, hace correr a los humanos: el dinero, el poder, los honores, la felicidad doméstica, la autosatisfacción, a lo que él opone, citando a Pope, “la feliz tranquilidad de un alma irreprochable”; en “El estilo simple”, hace un elogio del estilo sin ornamento, eficaz; critica el uso de palabras raras, la oscuridad como recurso, el estilo florido, y afirma que lo sublime puede ser claro y simple; en “La imaginación como elemento de la felicidad”, celebra los cinco sentidos proveedores de imaginación; en “Literatura americana”, deplora que los autores de los Estados Unidos escriban para el éxito inmediato y no tengan ningún interés en la posteridad; en “El hombre superior y el hombre ordinario”, asocia paradójicamente al genio con la duda, evoca el peso de la carga de la verdad, hace de ella, con un optimismo propio de su edad, una evidencia contra la cual el error no puede rivalizar; en “El carácter sublime de la muerte”, destaca más lo sublime que la muerte, pero muestra cómo esta noción analizada por Burke, a quien cita, puede jugar un rol decisivo en la economía de un pensamiento; en “La humanidad clasificada”, invita a evitar al hombre de mundo como se evitaría a una víbora, porque tanto uno como la otra muerden la mano que los alimenta; en “Formalidades y obligaciones sociales”, opone la sociedad a su estado primitivo y la civilización deplorando que la segunda obligue a hacer reverencias permanentes; en “La moralidad de mentir”, elogia el silencio que permite evitar tener que mentir cuando sería preciso; en “Del destino en los antiguos”, reafirmando la potencia de la voluntad, afirma que aquello que está predestinado no es ineluctable; en “De la educación obligatoria y forzada”, desea que el gobierno instituya la educación obligatoria para educar el alma del individuo y, por lo tanto, de la comunidad; en “Barbarie y civilización”, fustiga la civilización y el arte que nos recortan de la naturaleza y, por lo tanto, de Dios; prefiere a los antiguos, quienes invitaban a someterse a la naturaleza que “ejerce permanentemente una influencia moral sobre el hombre”; y a ello le sigue un elogio de la tierra, de la lluvia, de las estaciones, del trueno, de las montañas, del relámpago, del arcoíris, de los indios, que sí saben lo que es la vida...

De modo que el autorretrato descubre lo que él será, porque ya lo es. Thoreau propone un movimiento doble: rechazar los falsos valores de la civilización —la moda, el dinero, los honores, las riquezas, el poder, la reputación, las ciudades, el

arte, el intelectualismo, el éxito, la mundanidad— y aspirar a los verdaderos valores de la naturaleza —la simplicidad, la verdad, la justicia, la sobriedad, el genio, lo sublime, la voluntad, la imaginación, la vida—. De un lado, el mundano verborrágico; del otro, el indio silencioso.

Al final de su vida, se reencuentra con el Indio al que había elogiado. En su juventud, afirmaba: “El salvaje puede que sea, y a menudo lo es, un sabio. Nuestro Indio es mucho más hombre que el que habita una ciudad. Él vive como un hombre, piensa como un hombre, muere como un hombre”.

Cuando Thoreau muere, a los 44 años, permanecía fiel a sus pensamientos de juventud. Gracias a ellos, fue un filósofo raro, de esos que llevan una vida filosófica. Al mismo tiempo, ha pensado su vida y vivido su pensamiento. El niño que había sido fue el padre del hombre que llegaría a ser.

3. Un indio entre los cowboys

¿Qué aprendemos de las casi siete mil páginas reunidas en los quince volúmenes del diario que Thoreau lleva entre octubre de 1837 y noviembre de 1861, seis meses antes de su muerte? Que era un filósofo romántico. Por veinticinco años, estas páginas hablan de un hombre que le da la espalda al Este, mejor dicho, a Europa, para elegir el Oeste, esto es, los territorios desconocidos, vírgenes, habitados por indios a los que dedica un interés que no decrecerá jamás.

Excava el suelo buscando objetos indios, de los que confiesa haber recogido cientos... Encuentra en estos tesoros más sabiduría e inteligencia acumuladas que en un libro de Descartes o en un puñado de frases de Hegel. Es que, en la reliquia arrancada al suelo, está la energía de hombres concentrada en una forma, mientras que en un libro no hay más que papel...

Thoreau preferirá siempre contemplar la punta de una flecha, tocarla, seguir su filo con la grasa del pulgar, apreciar su forma curva y ahusada, su ergonomía, diríamos hoy, detenerse sobre las astillas fabricadas para arrancar la carne de la presa, en vez de leer un libro sobre el arte de fabricar flechas o una tesis sobre los libros consagrados al arte de fabricar flechas.

La corporación filosofante no sabría apreciar al hombre que un día escribió que teníamos un montón de profesores de filosofía pero ningún filósofo. Quienes piensan que enseñar el pensamiento de los demás es pensar por sí mismos, y que parafrasear los libros de otros desde lo alto de su silla los exime de llevar una vida con principios, no podían admitir a Thoreau en la lista de los autores de su programa.

Él quiere, según las palabras de Nathaniel Hawthorne, “llevar un tipo de vida india”. Porque la filosofía, para él, no es el arte de escribir libros, sino de vivirlos; no es sofística y retórica, dialéctica y escolástica, sino ética, y la ética es el arte de vivir como un salmón o una ardilla, como una culebra o una abeja, pero también como un roble o un lago, una montaña o una nube, o incluso como un río o un torrente, un arroyo o un estanque. También puede ser, en suma, vivir como un paisano o un leñador, un apicultor o un pescador, un cazador o un marinero. O, incluso más, como un Indio que, a su vez, vive como un salmón o

una ardilla, una culebra, etcétera.

Es por eso que, durante los últimos doce años de su vida, Thoreau trabajó en un libro sobre los indios que permaneció en estado de notas (aunque dos mil ochocientas páginas de notas…). Con este material quería escribir “una historia precolombina de América del Norte”. Para ello, leyó y estudió doscientos setenta libros y escribió, hacia fines de 1852 o comienzos de 1853, un ensayo bastante largo sobre el tema.

Allí se encuentran análisis agrupados bajo títulos diversos: “viajes, física, música, juego, habitabilidad, fiestas, alimentación, caridad, funerales, tradición e historia, moral, costumbres matrimoniales, artesanía, educación, hábitos, pintura, dinero, nombre, gobierno, tratamiento de prisioneros, marinos, conocimiento de los bosques, caza, pesca, supersticiones y religiones, medicina, guerra, lenguaje, reliquias indias, arte derivado de los indios”. Encontramos allí, exactamente, las entradas de un libro de etnología.

Estas notas de lectura no sirven sin la observación que suponen sus viajes, las caminatas, los paseos, las peregrinaciones sobre el terreno. No tiene sentido, para este hombre que critica libros, renunciar a ellos, pero tampoco tiene sentido contentarse solo con ellos: él quiere también y sobre todo, en principio, el contacto con la naturaleza, la experimentación de la presencia del mundo, la activación sensual y sensorial: mirar, contemplar, observar, escrutar, percibir, oír, escuchar, tocar, palpar, degustar, rozar, sentir, oler, aspirar, respirar, probar.

Es por eso que Thoreau prueba su voz ante las montañas que le devuelven su palabra en eco, que se inclina para mirar el mundo entre sus piernas, que se estira sobre el lago congelado para sorprender a la vida que hay bajo el hielo, que planea comer la carne de marmota cruda, que construye su bote, rema sobre el río, y se tiende después en ese mismo bote, es por eso que trepa a los árboles, que hace su huerta, que se baña cotidianamente en el agua del lago sin importar el clima, que anda descalzo, que trabaja con sus manos, construyendo su casa, por ejemplo, que camina de noche, que caza y pesca, que siembra y practica la botánica, que atraviesa humedales con el agua hasta el torso aunque lo piquen los mosquitos.

Los indios más rústicos saben muchas más cosas que los filósofos europeos más experimentados. Saben, por ejemplo, distinguir tantos detalles de un cedro que disponen de más de cincuenta palabras para designarlos; son capaces de

escuchar el esbozo de un siseo de serpiente cascabel que los Blancos no escucharían; pueden atraer hacia ellos un animal imitando las modulaciones de sus expresiones; han observado que los peces guían a sus pequeños exactamente como hacen los pollos con sus pollitos. Platón, Kant y Hegel pueden hacer fila...

Si es un naturalista de alta gama, Thoreau es también un fino lector. No hay en él observación de la naturaleza sin lectura, ni lectura sin observación de la naturaleza. Es este contrapunto lo que constituye su originalidad: es sensualista, empírico, práctico, experimental, pero también pensador, filósofo, lector, meditativo. Vive en el bosque y se impregna de la Bhagavad-gītā; construye su cabaña y medita sobre las leyes de Manu; no tendría nada en contra de comer ratas y tener las Vidas paralelas de Plutarco en la biblioteca.

Una biblioteca que él mismo reunió: encontramos allí tanto Homero como una Historia popular de los líquenes ingleses, Dante y una obra sobre las mariposas inglesas, Cicerón y volúmenes que cuentan la búsqueda de la Antártida, Shakespeare y obras consagradas a los caracoles, Eurípides y manuales de topografía, Sófocles y libros sobre ornitología, Locke y ensayos sobre mineralogía o geología.

Thoreau desconfía de los libros; sabe que, en una biblioteca, algunos son nocivos y otros esenciales. Nocivos son aquellos que prolongan el mundo nada más que para celebrar las ideas o conceptos que hacen felices a los profesores de filosofía; esenciales, aquellos que se preocupan por el mundo y permiten mejorarlo, pensarlo mejor, comprenderlo mejor, y por lo tanto vivirlo mejor. Mejor un tratado de apicultura que La fenomenología del espíritu, entonces. ¡Y cuánta razón tiene!

Entre las lecturas que cuentan para él, encontramos Taipi, de Herman Melville, un texto que leyó durante su estadía en Walden, entre 1845 y 1847. Melville escribió esta novela a su regreso de los mares del Sur, cuando tenía veinticuatro años. Enrolado en un ballenero donde el trabajo era dantesco, huyó del bote antes de frecuentar a los taipis, una tribu caníbal que llevaba una vida hedonista sin tabúes. Melville opone la gran salud primitiva a la enfermedad inoculada por los misioneros cristianos en Polinesia.

Lo que Thoreau retendrá de estos escritos, que mezclan la observación etnográfica con la fantasía novelesca, es el elogio de una civilización considerada salvaje por aquellos que la han destruido, en este caso: los padres

blancos.

Melville escribe en Taipi: “¡Felices, tres veces, los que, habitando alguna isla aún sin descubrir, en medio del océano, jamás han entrado en contacto contaminador con el hombre blanco!”. Cómo podríamos imaginar que Thoreau no habría suscrito tal hallazgo, él, que habría de escribir, pastiche mediante: “Felices, tres veces, los que, habitando una región aún sin descubrir, en el centro mismo de los bosques de Maine, ¡jamás han entrado en contacto contaminador con el hombre blanco!”.

En la época en que aparece el libro de Melville se hablaba de primitivismo. En el espíritu de Rousseau, que desprecia la modernidad e imagina con admiración una genealogía de lo humano emparentada con el buen salvaje, una idea que se encuentra ya en Montaigne, circula la idea de que nuestra civilización moderna es bárbara por su modernidad misma, y que aquellos a los que nosotros llamamos salvajes parecen mucho más civilizados que nosotros en más de un aspecto, por la buena y sencilla razón de que no están separados de la naturaleza, sino en ósmosis con ella.

En este sentido, los estadounidenses contemporáneos de Thoreau han exaltado sin dudas la electricidad y los ascensores, los ferrocarriles y las bañeras, las máquinas y la velocidad, ¿pero son por ello más felices? No. Podríamos incluso arriesgar que probablemente sean menos felices, porque están divididos y no reconciliados con ellos mismos, porque están sujetados en vez de ser sujetos, porque están alienados e ignoran la verdadera libertad que es la autonomía.

Los indios viven con la luz natural, la del sol; cuando necesitan luz artificial, la hacen con un fuego de madera o un ovillo engrasado en un platillo de barro. Sus casas son de planta baja, cada año las destruyen para purificarlas por el fuego y reconstruirlas; ¿qué buen vivir puede ser ese, en edificios como conejos en sus conejeras y trepando en sus jaulas con ascensores? Ellos se bañan en los lagos o en los ríos, en las corrientes o los arroyos, en los saltos o cascadas; no son menos limpios. Ignoran el motor, ¿pero para qué les serviría en el laberinto vegetal del bosque o para pescar el salmón del que se alimenta? Tienen vehículos que van rápido, ¿pero qué hacen con el tiempo ganado si no perderlo en tonterías, como leer los diarios, por ejemplo?

El nombre de Thoreau está unido al de Walden, el lago epónimo del libro por el cual Thoreau ha devenido célebre en el mundo entero. Este lago dispone de una

genealogía contada por los antiguos y son los indios quienes están en el origen.

Al comienzo era entonces un pow-wow, es decir, una reunión festiva y sagrada que permitía a las comunidades encontrarse para festejar momentos importantes alrededor del chamán. Había, por supuesto, bailes, cantos, ritos, palabras mágicas que aseguraban el contacto entre hombres y espíritus, entre la naturaleza y la cultura, entre la tradición y la descendencia, entre los vivos y los espíritus.

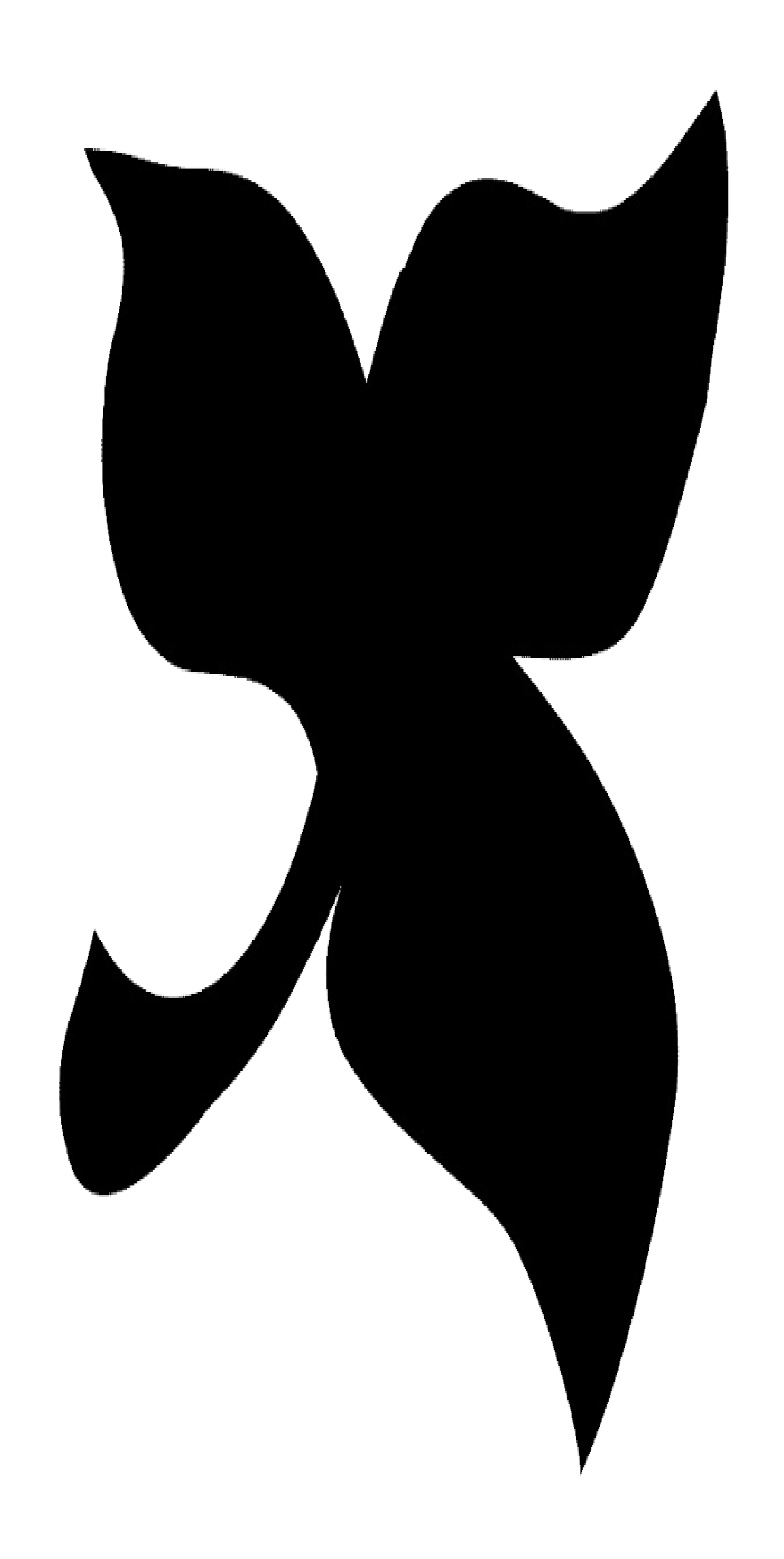
Esta ceremonia tenía lugar sobre una colina alta, lo más cerca posible del cielo. Thoreau agrega que “su lenguaje era tan profano” que la colina llegaba a temblar, colapsaba sobre sí misma y desaparecía. Una sola mujer se salvaba; esta piel roja se llamaba Walden. El lago toma su nombre. Thoreau informa asimismo que un colono antiguo recordaba el tiempo cuando no existía el lago y en el que había aparecido un adivino que buscaba una fuente con su palo de avellana. Cuando encontró agua, cavó, y el agua que brotó terminó produciendo el lago.

Por supuesto, una versión contradice la otra: en virtud del principio de no contradicción, o la mitología es verdadera y el adivino es una ficción, o el adivino es verdadero y entonces la mitología es una ficción. Pero Thoreau, que no comparte ese parecer, escribe: “Esta leyenda india no está para nada en contradicción con el relato de este antiguo colono del que les hablé”. Hay que componer entonces intelectualmente: el lenguaje profano encolerizó a los dioses y provocó la caída de la colina y la creación del lago, pero, al mismo tiempo, un hombre del arte vino un día con su vara de adivino y, ahí donde la colina tembló, hizo excavar un pozo que alimentó lo que devino el lago...

En su diario (1837-1861), Thoreau escribe que en todas partes, si sabemos interrogar al suelo, encontramos puntas de flechas indias: “La raza desapareció tan completamente que la arena ha sido barrida por el viento. He aquí nuestras antigüedades. Tales fueron nuestros antepasados. ¿Por qué hacer tanto ruido en torno a griegos y romanos, y descuidar a los indios?”. Thoreau invita entonces a olvidarse de Platón y Aristóteles, Cicerón y Séneca, y preferir antes a estas antigüedades indias.

Él lo sabe, lo dice y lo escribe: los indios son una “raza extinguida”… No ignora, por supuesto, que todavía existen comunidades, ya que las ha visitado en el lago Chesuncook, en el lago Allagash o cerca del río Concord, donde una comunidad vivía aún en carpas. Alrededor de un fuego, Thoreau escuchó los relatos y las leyendas. Pero sabía que, en el país de los rascacielos y los

ascensores, las bañeras y las locomotoras, las bombillas eléctricas y los automóviles, estos indios no eran más que sobrevivientes, el último soplo de un eco.



¿Cómo ser Indio en un mundo donde no hay más indios? Haciendo tabula rasa de los principios aprendidos por la moral dominante, por la época, por las religiones, los pastores, los curas, los intelectuales, los filósofos, los pensadores, los periodistas y otros vaciadores de cerebros.

Lo que Thoreau encarna es una filosofía americana romántica. En Europa, se piensa el romanticismo a partir de bosques germánicos convertidos en fósforos por el idealismo alemán: me refiero a Schiller, Schlegel, Schelling, Novalis, Fichte, Hegel... La espesa selva que impide pasar la luz y crea noches en que fermentan los sueños se encuentra podada por el concepto y la idea.

Heidegger será el último heredero de este linaje, que hace bien en partir desde senderos y bosques, fuentes y pinos, cabañas y claros, manantiales y caminos que no llevan a ninguna parte, pero que se equivoca al quemar todo en el gran fuego de lo óntico y lo ontológico.

El romanticismo francés se establece a la sombra del Terror de 1793. El rey decapitado significa la muerte de Dios; Termidor anuncia el fin de la religión revolucionaria; Bonaparte hace de 1789 una política lírica del individuo que hace la historia. Pero este individuo está solo en el mundo, olvidado por Dios, sacudido por la historia, enfrentado a sí mismo, perdido, angustiado.

Este romanticismo es gótico y católico, contrarrevolucionario y enemigo de las Luces. Está lleno de lágrimas y de ira, de quejas y de tedio, de soledad y de nostalgia, de spleen y de aflicción, de egoísmo y de narcisismo, de meditaciones sobre las ruinas y de miradas perdidas en la vía láctea. Huele a violetas marchitas.

Thoreau encarna un romanticismo que no es el de la selva negra alemana ni aquel de las horcas jacobinas francesas, sino el de la sabiduría india. Sus bosques no están podados por el concepto o esquilados por la idea; su soledad no es lastimera y quejosa, él no propone reír ni llorar, mira y ve lo que pocos blancos ven, pero lo que todos los indios perciben.

Su romanticismo es reacción a las Luces: él cree en efecto que, desde Descartes y su invitación a someter a la naturaleza, hemos invertido los valores, ¡porque deberíamos someternos a la naturaleza más que intentar someterla! ¡El hombre que invita a “ser tan calmo y tolerante como un campo de papas” no sabría cómo

hacer del cartesianismo un progreso en el pensamiento! Pensamiento de indio...

Su romanticismo es primacía de la sensibilidad: hace del cerebro un órgano rezagado y le pide a la totalidad de su cuerpo que le informe sobre el mundo. Es por eso que no toma té, ni café, ni alcohol, y tal vez es por eso que no tiene sexualidad o apego afectivo: para disponer de un cuerpo muy afilado, para sentir la menor vibración del mundo. Pensamiento de indio...

Su romanticismo es preferencia de lo sublime sobre lo bello: lo bello es una categoría atada al Dios monoteísta. El hombre que escribe: “Yo, descendiente de normandos que adoraban a Thor, paso mis días sin adorar ni a Thor ni a Cristo”, no sería capaz de pensar como judeocristiano. A él le gusta estar en lo alto de los árboles, en la cima de los acantilados, sobre lo más eminente de las colinas, para fortalecerse con el espectáculo de la naturaleza. Lo bello, que es otro nombre de Dios en la civilización “jesucristiana” (para utilizar una palabra de Derrida), deja lugar en él a lo sublime, que es el sentimiento que siente el hombre ante el grandioso espectáculo de la naturaleza, el famoso “sentimiento oceánico” que Freud toma prestado de Romain Rolland. Pensamiento de indio...

Su romanticismo es pasión de la vida orgánica: contra la razón seca y el pathos cerebral, él busca y encuentra las energías y las fuerzas, los poderes y los impulsos, los flujos y el vigor. Thoreau propone llevar una “vida esférica”. ¿Qué es una vida esférica? La vida que obtenemos cuando hacemos coincidir nuestro eje con el eje celeste. Pensamiento de indio...

Su romanticismo es voluntad dionisíaca: contra el orden y la cifra, el número y la razón, el equilibrio y la armonía, las matemáticas y la línea recta que caracterizan a Apolo, él quiere lo que quiere Dionisio: el temblor de las hojas de parra y la virtud báquica, el movimiento lento de las plantas y el deseo de los árboles, la corriente del río y la fuerza de la cascada, el murmullo del lago y el lenguaje del viento. Pensamiento de indio...

Su romanticismo es meditación sobre las ruinas: no le importan el Partenón o el Coliseo, la Basílica de la Natividad o el Muro de los Lamentos, pero, lo hemos visto, le interesan los rastros de esta gente muerta, asesinada, que ha dejado tras de sí como pequeños guijarros para reencontrar un camino sagrado, “puntas de flecha, cabezas de lanza, hachas guerreras, sierras, gubias, palos, morteros, azadas de esteatita, armaduras para el cuellos y el pecho, y otras armas de caza y de guerra”. Él sabe que la tradición es la verdad empírica que no hay que destruir

jamás salvo que se quiera la muerte de la civilización. Pensamiento de indio...

Su romanticismo es dandismo entre dos mundos: Robert Louis Stevenson escribió un breve ensayo sobre Thoreau al que le dio el título de Un rey bárbaro. ¡Thoreau era en efecto un rey bárbaro! En las antípodas de los falsos dandis que creen que fingiendo una pose extravagante lo serán, Thoreau sabía que el verdadero dandismo es una ascesis interior visible por sí misma, que propone una "construcción de sí" opuesta a "la vida mezquina". En El pintor de la vida moderna, Baudelaire analiza el dandismo y lo ve ya en Alcibíades; él lo ha visto también entre los indios encontrados y narrados por Chateaubriand. El dandi aparece entre dos mundos: uno que termina, el de los indios, y otro que comienza, el de los blancos. Como el dandi, Thoreau aspira a una "existencia espléndida". Para lograrlo, es preciso estar al día con la naturaleza. Pensamiento de indio...

Su romanticismo, finalmente, es celebración del artista: el artista no es para él el pintor o el escritor, el poeta o el novelista, el dramaturgo o el compositor, sino todos y cada uno de los seres humanos, incluso la más modesta de las personas, siempre que intente hacer de su vida una obra de arte. Thoreau ha invitado a vivir plenamente la propia vida ampliándola al cosmos en la inmensidad. Pensamiento de indio...

Cuando, tras meses de agonía, se encuentra ya a las puertas de la muerte, Thoreau le dice a uno de sus amigos: "Voy a dejar este mundo sin arrepentimientos". Es la muerte la que le da un sentido a todo lo que la precede. Fracasar en la muerte es fracasar en la vida; conquistarla es conquistarlo todo. Thoreau muere bien porque ha vivido bien.

Haber construido su vida de manera que no haya nada que lamentar el día en que la abandona prueba que el filósofo ha trabajado bien y se ha vuelto un sabio. Él, que había pasado su vida observando la naturaleza en todas sus manifestaciones, desde las más pequeñas, como la eclosión de una flor, hasta las más grandes, como la llegada cada noche de la luz de la primera estrella, ¿cómo podría haber temido irse más lejos?

4. Una cabaña trascendental

Es de Thoreau esta frase terrible y tan justa: “Existen hoy en día muchos profesores de filosofía, pero filósofos, ninguno”. Desde que Deleuze desplegara las alas de su magisterio filosofante sobre el paisaje intelectual francés e hiciera del filósofo un creador de conceptos, o bien un inventor de personajes conceptuales, el filósofo reconocido como tal hoy se confunde a menudo con el inventor de neologismos con los que juega, y por lo tanto, con un creador de glosolalias: de lenguajes de autistas...

No podemos suscribir a esta forma tan universitaria de definir una disciplina que, en los tiempos en que no había sido confiscada por los curas del cristianismo, los curas de la universidad, los curas del idealismo alemán, los curas de la French Theory, brindaba la oportunidad para una conversión existencial en vistas de una ascesis visible en la vida concreta. Una vida de filósofo era así una vida filosófica.

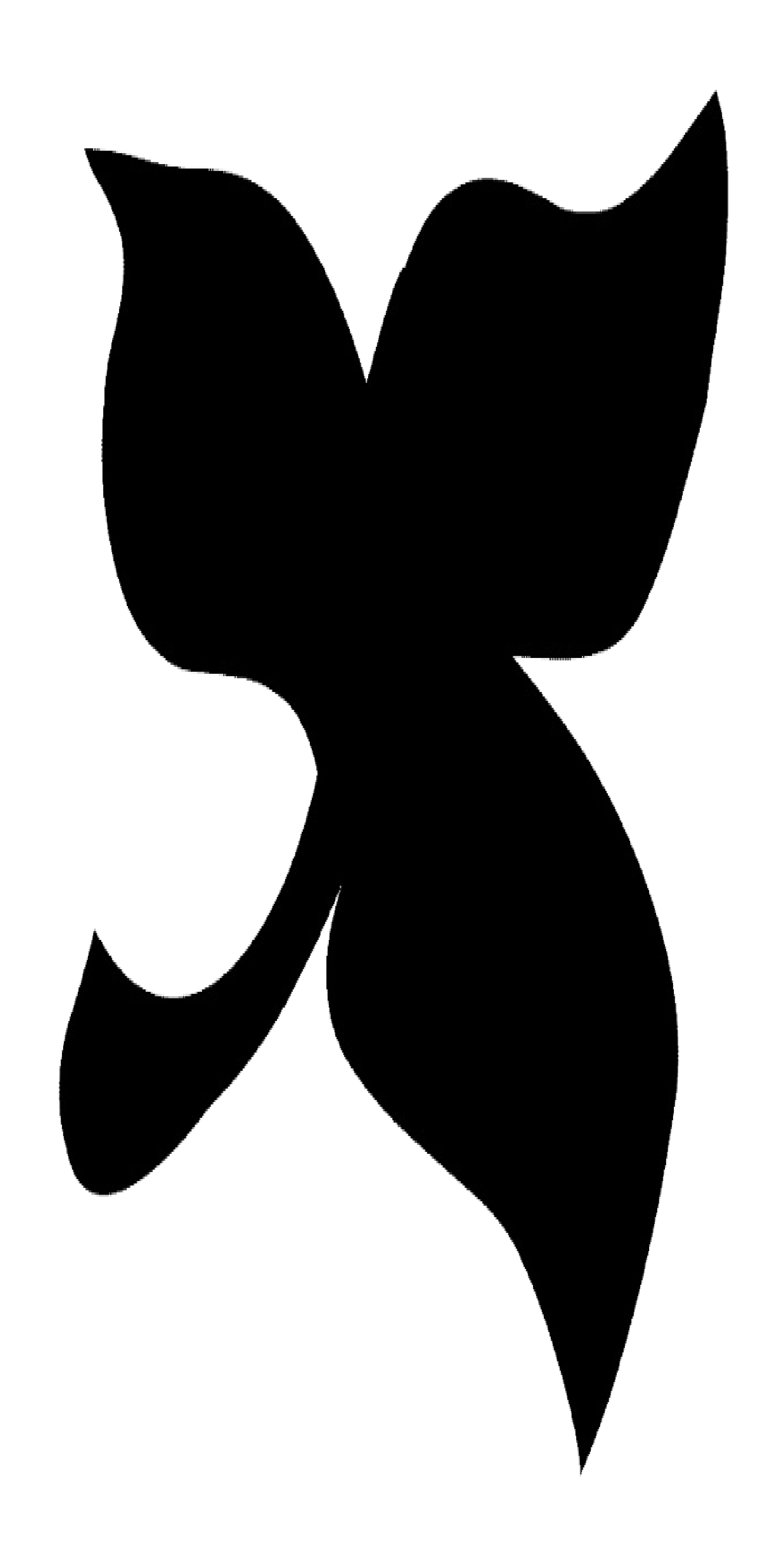
Si el filósofo es un creador de conceptos, entonces su dominio de acción se limita a su escritorio, su sabiduría está hecha de la reunión de fragmentos tomados de libros de su biblioteca, su vida se resume en cursos y seminarios que profesa desde lo alto de su tarima y su existencia se confunde con lo que ha escrito.

El gran filósofo, según esta definición, puede entonces no salir nunca de su ciudad, como Kant, pero hablar igual por el planeta entero; puede no mirar nunca al mundo, como Derrida, pero preocuparse por libros que hablen del mundo y creer que todo lo que es se resume a lo que ha sido dicho sobre lo que es; puede perorar sobre ideas, como Sartre, y no haberse tomado nunca la molestia de levantar la vista de la página del libro en curso. Estas maneras de actuar a menudo conducen a decir tonterías, incluso a hacerlas...

Por la época en que escribe esto, Thoreau piensa probablemente en Emerson. Su amigo Emerson... Pero Thoreau, que era un hombre rudo, tenía una ruda concepción de la amistad. Cuando pronuncia su elogio fúnebre de Thoreau, Emerson no deja de señalar esta característica de su personalidad: “Había en su naturaleza algo de militar y de irreductible, siempre viril, siempre apto, rara vez

suave, como si no se sintiera él mismo sino en oposición. Necesitaba alguna mentira que denunciar, alguna necedad que poner en la picota, un airecito de victoria, un redoble de tambor para desplegar plenamente sus facultades. No le costaba nada decir 'no' y le resultaba más fácil que decir 'sí'. Su primer movimiento instintivo al escuchar una afirmación era refutarla, tanta impaciencia le producía aquello que habitualmente limita nuestros pensamientos. Esta costumbre enfría naturalmente los afectos sociales, si bien, en última instancia, aquellos con los que se encontraba no lo acusan ni de malicia ni de insinceridad, había ahí algo que incomodaba a la conversación. Semejante franqueza desalentaba todo comercio afectuoso". El mismo Emerson dirá: "Yo lo quiero mucho a Henry, pero no me gusta; en cuanto a tomarlo del brazo, preferiría tomar el de un olmo". Aire...

Cuando Emerson había hecho un viaje de diez meses a Europa que le había permitido visitar París y encontrarse con Carlyle en Escocia, Thoreau se quedó en su casa, cuidó de su jardín, se ocupó del mantenimiento y la administración. Le escribía a su amigo para contarle sin vergüenza que se llevaba muy bien con su mujer y su hijo y que, si llegaba a no volver de su periplo europeo, él se ocuparía perfectamente de todo: familia, mujer, hijo, casa y jardín... ¡Thoreau incluso agrega que el hijo de Emerson le habría pedido que fuera su padre! ¿Ese elogio fúnebre tan poco elogioso y tan fúnebre fue la respuesta del pastor a la pastora? Es posible... Emerson volverá de Europa, Thoreau volverá a vivir con sus padres.



El trascendentalismo de Emerson fue un movimiento filosófico estadounidense notable y al mismo tiempo una moda, como el schopenhauerismo y el nietzscheanismo en Francia. Sin embargo, la moda es lo peor que puede pasarle a una filosofía, que se deteriora, se diluye y se metamorfosea en monstruos construidos con fantasmas y proyecciones.

Para decirlo en pocas palabras, el trascendentalismo fue una filosofía cambiante, móvil, diversa y a menudo relativa a aquello de lo que se apoderó. Un breve texto de Emerson titulado Naturaleza, que aparece en 1836, funciona como un manifiesto de esta sensibilidad filosófica. Agreguemos a él Confianza en uno mismo y El intelectual americano.

A partir de estos artículos, podríamos definir el trascendentalismo apoyándonos en siete tesis:

Dios existe;

el conocimiento se efectúa por intuición;

la vida se lleva lejos de las multitudes;

la confianza en sí mismo es una virtud fundamental;

el juicio de los demás no cuenta en absoluto;

la contemplación de la naturaleza es proveedora de dicha;

hay que cambiarse a sí mismo más que cambiar el orden del mundo.

El Dios de Emerson no se parece en nada al judeocristiano, celoso y vengativo, castigador y malvado; el filósofo reenvía a lo que no está agotado por la razón, el análisis y la ciencia: un alma del mundo, una superalma que asegura el ser de su ser y de su permanencia. Dios es asimilable al espíritu del mundo, a la energía de la naturaleza, a la fuerza cósmica.

Desde entonces, el conocimiento no es un asunto de deducción, de análisis y de razonamiento, sino de sentimiento, de sensación, de intuición, de simpatía, de empatía. Emerson subraya que el descanso, el sueño, la locura, los animales, los elefantes, el sexo escapan a la explicación y relevan el misterio.

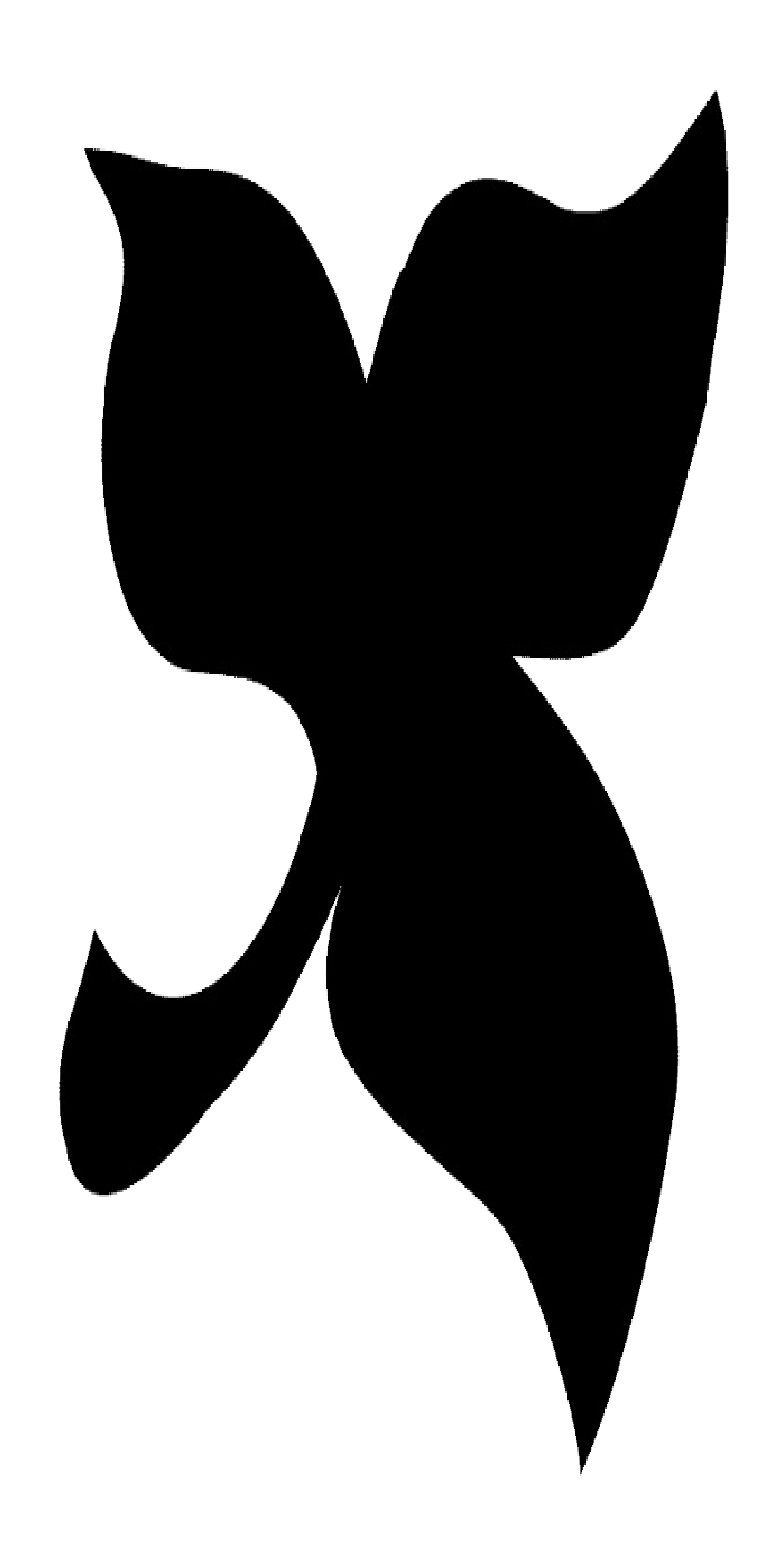
Por otra parte, el pueblo, las multitudes, son incapaces de acceder al misterio del mundo y a la esfera de las ideas. Solo el gran hombre puede hacerlo, porque sabe refinar las fuerzas eternas, es el receptáculo de la energía del mundo, concentra lo mejor, se abandona a lo que la naturaleza exige de él. La historia de un pueblo y de una nación se resumen en sus individuos excepcionales.

Pero el trascendentalismo no es un ateísmo. Tampoco es exactamente un panteísmo, aun si esta fórmula parece más ajustada que las de deísmo o teísmo; más allá de que Emerson cree que la predestinación protestante crea la ley, podemos abandonarnos sin temor a lo que la naturaleza quiere de nosotros, ya que esto será lo que Dios quiere de nosotros, para nosotros. La confianza en sí mismo a la que él invita es confianza en Dios y en la naturaleza.

Debemos añadir que un ser auténtico demuestra ser anticonformista: seguro de su confianza en sí mismo, debe burlarse de los juicios de los demás. No teme a lo que podría parecer una contradicción a los ojos de los demás: Dios no sabría desear otra cosa que lo que debe ser deseado.

Finalmente, ya que el mundo no es una sustancia, sino una representación, un tipo de proyección de Dios en el inconsciente, hay que disfrutar de este saberse parte de la superalma que es Dios y saber que la contemplación de la naturaleza conduce allí.

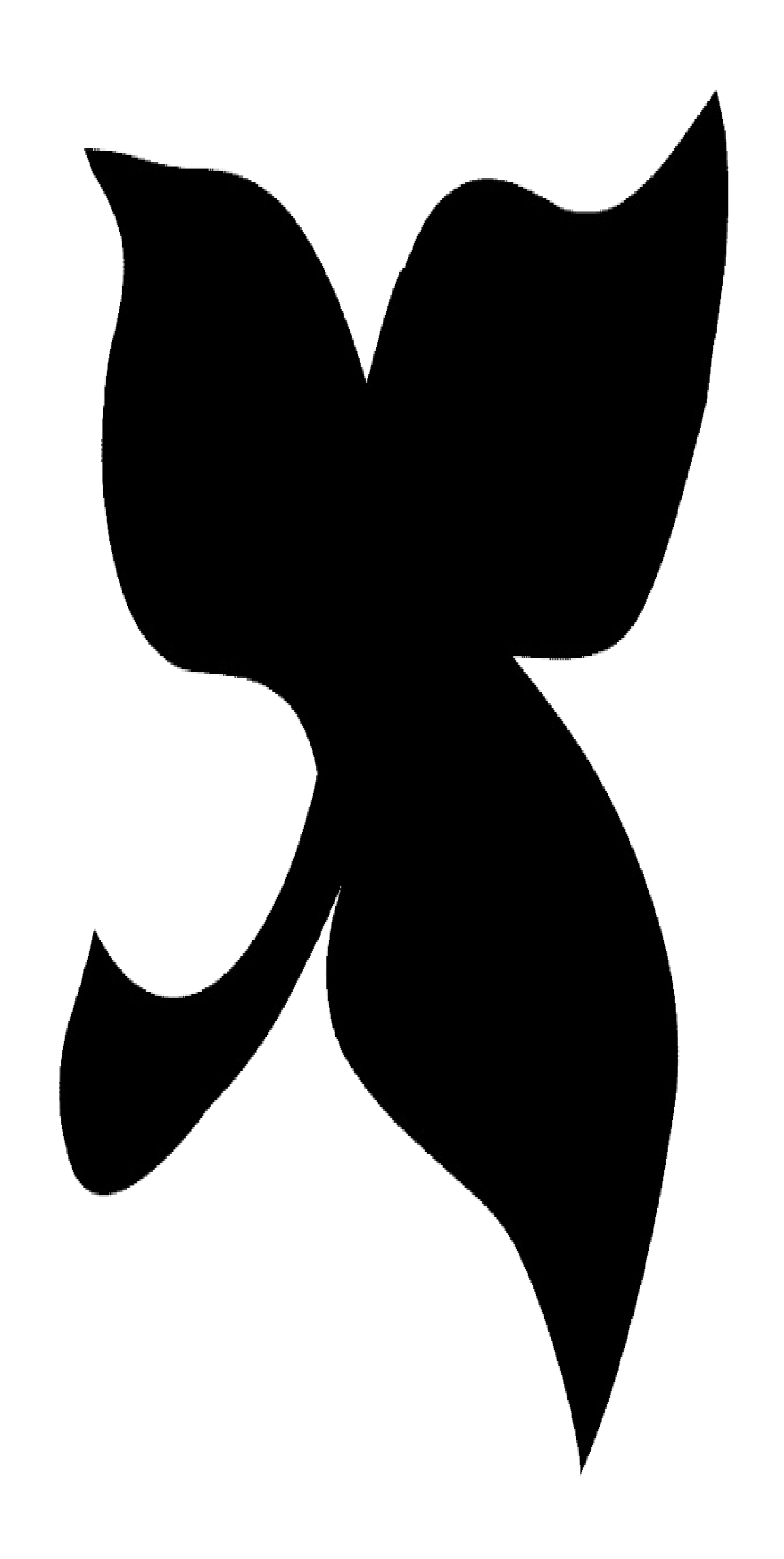
Por último, Emerson no cree que la política pueda cambiar el orden de las cosas, sea este como sea. Él invita entonces a que cada uno se haga cargo de trabajar en sí mismo y se haga creador de sí mismo.



¿Es Thoreau trascendentalista? Sí y no. Sí, porque cree en Dios, practica el conocimiento por empatía, detesta a las masas y los grupos, no cree más que en la reforma individual, celebra teórica y prácticamente la confianza en sí mismo, aconseja y vive en el no conformismo, practica la contemplación y el goce místico, construye su vida filosófica a partir de sí mismo.

Pero no si se lo compara con Emerson, que vive un trascendentalismo de escritorio y de biblioteca. El autor de El alma del mundo hace de la naturaleza un medio para llegar a un fin, el éxtasis de tipo plotiniano. Para Thoreau, la naturaleza es un fin en sí mismo y no un medio para llegar a algo más allá. Emerson quiere salir espiritualmente del mundo, y le pide a la naturaleza esta salida del mundo; Thoreau quiere permanecer en el mundo, quiere disfrutar de la naturaleza aquí y ahora, corporalmente, físicamente. Si hubiera que remontarlos a dos grandes filósofos clásicos, Emerson sería platónico y Thoreau, spinocista...

Thoreau afirma que Emerson sería incapaz de manejar una carretilla de jardín; él ve en esta incapacidad práctica del espíritu puro la prueba de una diferencia fundamental. Y, de hecho, esa diferencia existe: Emerson es un filósofo de habitación, Thoreau un pensador de campo. Podemos imaginarnos a este último devorando crudo un pequeño mamífero, algo que había tenido ganas de hacer algún día; vemos al primero más bien sorbiendo su té durante una conversación de salón sobre la naturaleza...



Thoreau ha asociado su nombre a dos hechos que lo resumen bastante bien: una estadía en prisión y la vida en una cabaña. Dicho así, las cosas toman una bella amplitud: uno se imagina la vida del rebelde tras las rejas, la existencia del hombre inflexible forzado por el poder a estancar sus años en un calabozo, una especie de compañero de ruta de Auguste Blanqui, quien ha pasado casi toda su vida en prisión.

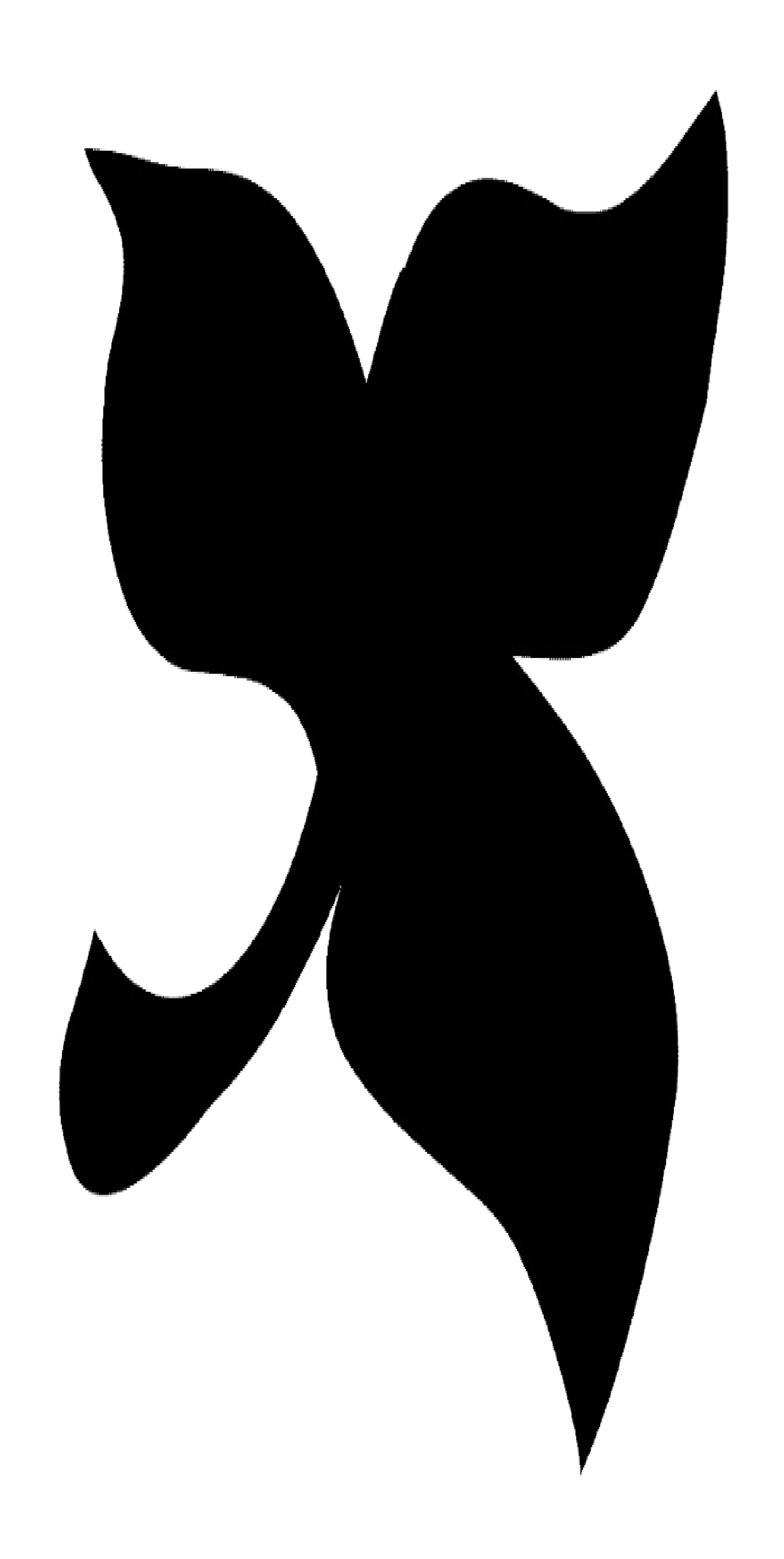
Asimismo, se nos convierte el filósofo en un Diógenes estadounidense, viviendo en una cabaña, en medio del bosque, invierno y verano, comiendo bellotas, asando su pesca y la presa de su caza. Lo imaginamos gruñón y misántropo, sin recibir a nadie, prefiriendo la compañía de las bestias a la de los hombres.

Sin embargo, la biografía hace justicia a estos clichés románticos... Thoreau efectivamente estuvo en prisión en 1846, por rehusarse a pagar los impuestos que servían a mantener el régimen esclavista al que se oponía. Pero, por este delito, fue alojado una noche en un pequeño espacio municipal. El guardia, que lo conocía bien, quiso pagar por él. Thoreau no aceptó.

Fue liberado a la mañana siguiente porque un alma buena de su familia, probablemente su tía, pagó la deuda de manera anónima, contra lo cual él no se rebeló. Arrestado la víspera por la policía mientras volvía de su zapatero, fue a lo del artesano ni bien lo liberaron. Una vez que retiró sus zapatos, se fue a recoger arándanos.

En cuanto a la pequeña cabaña, efectivamente vivió ahí, pero de manera irregular, entre el 4 de julio de 1845, día de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, y el 6 de septiembre de 1847. Es decir, fue un lugar de vacaciones según sus caprichos durante veintiséis meses. Cada dos días, visitaba a los suyos, que estaban a unos pocos minutos a pie, y se llevaba algo para comer que no fuera el pescado del lago y la marmota del bosque.

En descargo de Thoreau, él no creó el mito, como tampoco lo sostuvo. Nunca ocultó estos datos biográficos, sino que es él mismo quien da los detalles de su práctica de la cabaña.

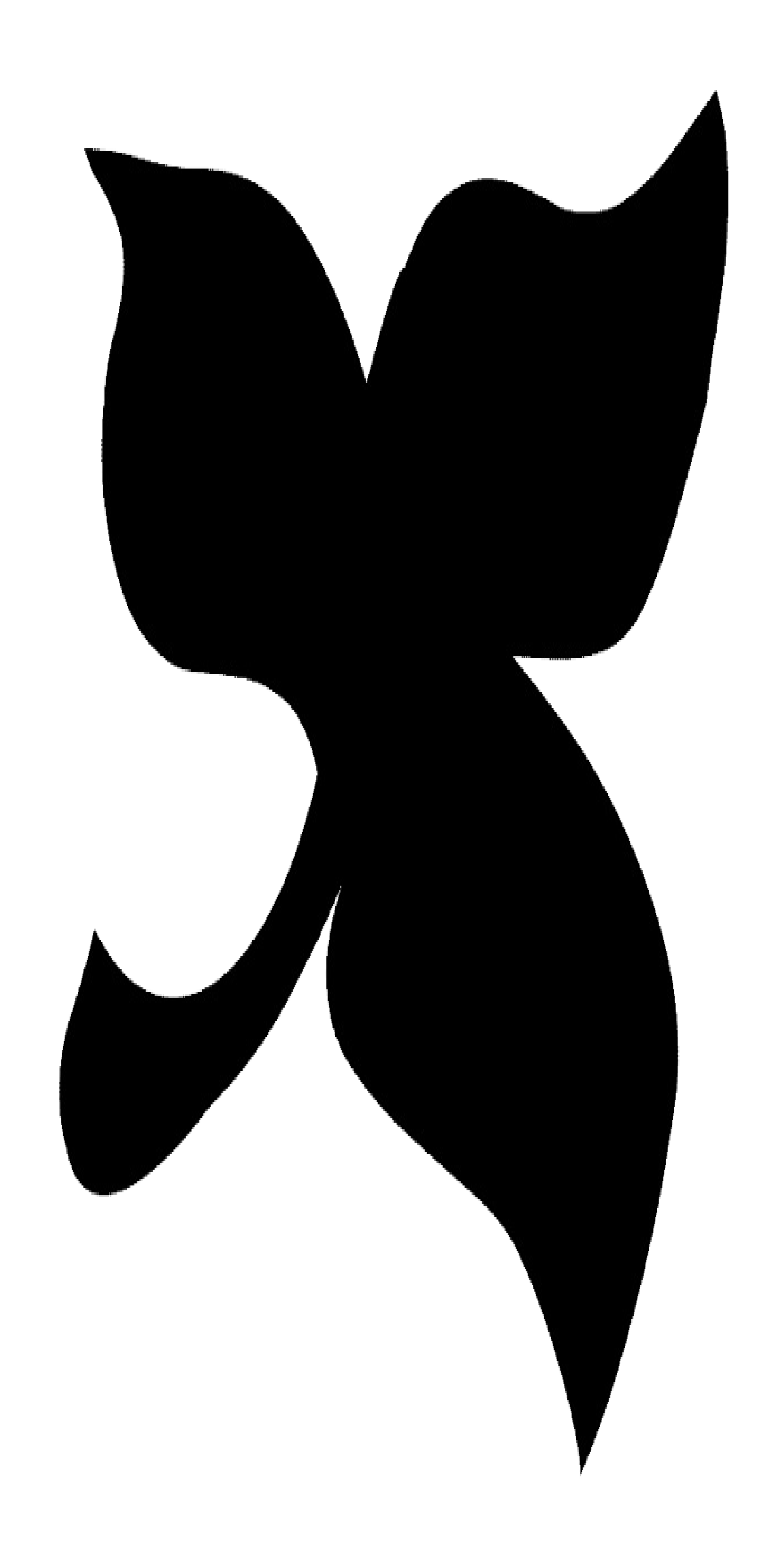


La cabaña es para Thoreau la ocasión de probar que el trascendentalismo no es un asunto de libros sino una ocasión existencial. Incluso una sola noche de celda y la práctica intermitente en la cabaña alcanzan para mostrar que el filósofo vivía sus ideas y pensaba su vida, que asociaba la teoría a la práctica, el pensamiento a la acción, la filosofía a la vida; que no era un profesor de filosofía sino un filósofo.

Emerson le había prestado el terreno sobre el cual Thoreau construyó la cabaña al borde del lago Walden, un lugar proustiano para él, donde iba de niño con su abuela y donde con sus padres, a los siete años, había preparado una ollita con peces sobre un banco de arena.

Thoreau imagina el lago sin fondo, sin entrada y sin salida, como repleto de un agua sagrada capaz de lavarlo del pecado original de la civilización. Se baña todos los días en el lago, sea cual sea la estación. Cuando su superficie está congelada, se estira sobre el hielo y mira a través de él la vida en las profundidades. Estudia las crecidas y bajadas del nivel de agua, la respiración del lago, como si se tratara de un ser vivo...

La cabaña ocupa 13,5 metros cuadrados de suelo —3 metros por 4,5— y 2,5 metros de altura. Thoreau instala tres sillas para no recibir a más de dos personas a la vez. Coloca una cama y una mesa. Una chimenea le permite calentarse. Recibe a viajeros, paisanos, leñadores, esclavos fugitivos. También filósofos.



Publica Walden en 1854. Se trata de un auténtico gran libro de filosofía. No encontramos ningún concepto, ningún personaje conceptual, pero sí una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de una experiencia existencial: ¿cómo llevar una vida filosófica? Thoreau no invita a que se lo imite, sino que muestra cómo se puede hacer, haciéndose cargo cada uno de inventar su camino, de encontrar su vía.

Un gran y un verdadero libro de filosofía existencial, dije. En efecto. Thoreau propone lo que él llama una "medicina eupéptica", es decir, una medicina para producir el bien, y para alejar lo malo, el mal. ¿Qué prescribe esta medicina? Agradecer el esplendor de cada mañana; oponer una voluntad de dicha al movimiento natural de la negatividad que nos arrastra hacia el pesimismo; desear la felicidad que no está dada sino a construir; ponerse o volver a ponerse en el centro de uno mismo; transformar los inconvenientes en ventajas; buscar lo positivo en lo negativo; querer hacer de nuestra vida una fiesta.

Invita igualmente a rechazar "la vida mezquina". La vida mezquina es la vida vuelta hacia los falsos valores: el dinero, el honor, el poder, las riquezas, la propiedad, la reputación. Es la vida ensuciada por los vicios de la sociedad de consumo: codiciar, comprar, poseer, consumir, reemplazar. Es también una vida falsa con los demás: una vida reducida a la superficie, a las apariencias, a la mundanidad, a los salones, a la charlatanería.

¿Quién podría no suscribir a esta constatación: "Es muy evidente que muchos de ustedes viven existencias mediocres y vacías"? ¿O a esta: "La mayoría de los hombres viven existencias de tranquila desesperanza"? En efecto, nosotros no nos pertenecemos; perdemos nuestra vida en lugar de ganarla; vivimos como máquinas; confiamos siempre nuestra vida al día siguiente.

¿Qué hacer para no llevar una vida mezquina? Todo lo que permita una vida filosófica. ¿Es decir? Thoreau da recetas existenciales que son como ejercicios espirituales en el sentido de la filosofía antigua. Alcanza con extraer algunas frases de Walden para obtener principios de vida como si hubieran sido enseñados por Sócrates o Diógenes, Epicuro o Séneca.

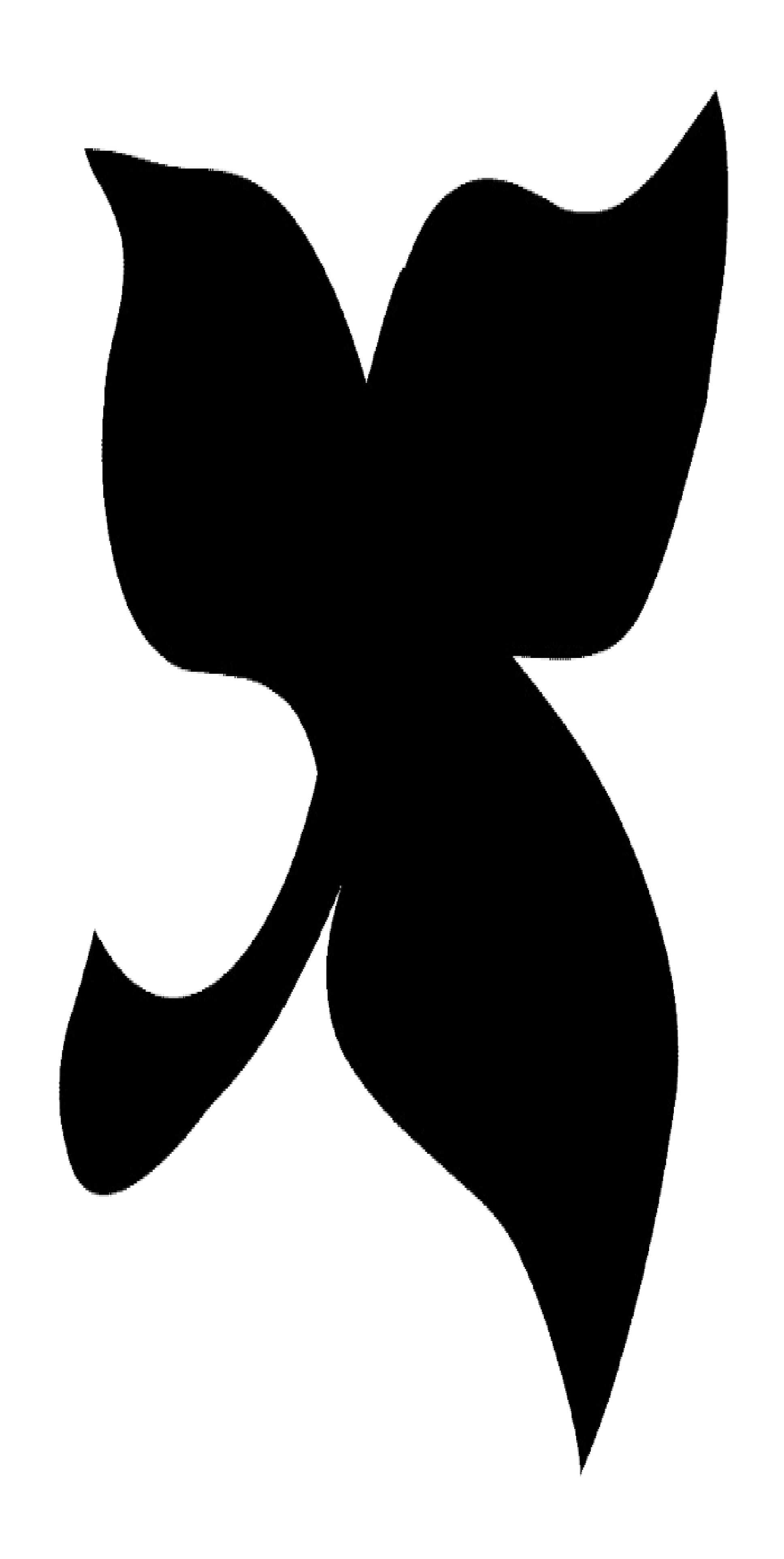
Antes de examinar estos principios para una vida sabia, abro un paréntesis para precisar que Thoreau toma prestado de Sócrates el principio de "conócete a ti

mismo”; reivindica su ignorancia modesta, “sólo sé que no sé nada”, contra la ciencia suficiente y pretenciosa de los filósofos que pretenden saberlo todo acerca de todo; Thoreau practica, como Sócrates, la meditación frente a la naturaleza o los paisajes.

De los cínicos, toma prestada la vida natural como arma de guerra contra la vida cultural; la rusticidad provocadora en la vida más concreta; la indigencia que no se da en él sin ropa sucia y rechazo de la higiene moderna; las lecciones de cosas dadas por la naturaleza en general y por los animales en particular; la insumisión generalizada; la misantropía práctica, hasta los golpes de bastón (metafóricos en el caso de Thoreau) asestados a los intrusos...

De los epicúreos, toma una dietética de los deseos susceptible de producir un placer que no se abandona a sus instintos, sino a la construcción de sus placeres; define la felicidad como ausencia de problemas y, en esa estela, encuentra virtudes en la frugalidad, en la castidad, en la continencia; pone a la ciencia al servicio de la moral: la física para Epicuro y Lucrecio, las ciencias naturales para Thoreau.

De los estoicos, toma la identificación de Dios, de la Naturaleza y de la fuerza que la constituye; hace del dolor y del sufrimiento representaciones sobre las cuales se puede intervenir para atenuarlas, incluso eliminarlas; cree en el formidable poder de la voluntad; se muestra tranquilo frente a la muerte porque sabe que no es desaparición, sino dilución en el gran Todo...



Volvamos a los ejercicios espirituales. He aquí seis fórmulas: “Explórate a ti mismo”; “Vive la vida que imaginas”; “Ama tu vida”; “Simplifica, simplifica”; “Hazte de un cuerpo perfecto”; “Vive libre y sin lazos”. Precisemos.

La primera: “Explórate a ti mismo”. Emerson afirmaba: “Viajar es el paraíso de los tontos”. ¿Para qué, en efecto, dar la vuelta al mundo cuando ir a la búsqueda de uno mismo implica una odisea netamente más rentable desde un punto de vista existencial? Viajar es por lo general perderse. Partir en busca de sí puede ser reencontrarse.

La segunda: “Vive la vida que imaginas”. Ir en la dirección de los sueños, no ser infiel a las promesas que nos hemos hecho en la adolescencia. Thoreau escribe esta frase extraordinaria: “Si usted construyó castillos en el aire, su trabajo no estará forzosamente perdido: es ahí donde deben estar. Ahora, no hay más que colocar los cimientos debajo...”.

La tercera: “Ama tu vida”. Thoreau aprecia, ya lo he dicho, los textos espirituales, los Evangelios, la Bhagavad-gītā, la Biblia, los textos mitológicos de todas las civilizaciones. Estima también a los grandes maestros espirituales, Jesús y Zoroastro, Buda y Confucio. Pero no estima a la religión cristiana, que ha irritado a los hombres con la vida, lo vivo, la naturaleza. “Nuestras costumbres se han corrompido en el contacto con los santos”, escribe. Tampoco le gusta el ideal ascético de los brahmanes. Amar la vida es amar en sí la vida que desea la vida. Es dejar hacer a la naturaleza, vivir plenamente cada instante, ignorar el pecado.

La cuarta: “Simplifica, simplifica”. Lo que poseemos nos posee, es preciso entonces dejar de pasarse la vida intentando ganarla o detenerla, porque lo que ganamos nos pierde. Lo que tenemos, lo que queremos, lo que esperamos, lo que poseemos, todo eso nos pierde.

Es preciso entonces simplificar el alojamiento: alojarse es protegerse de las tormentas, y punto; no hay ninguna necesidad de casas enormes y extravagantes, demasiado costosas y por las que nos endeudamos para toda la vida.

Hay que simplificar la vestimenta: vestirse es disimular la desnudez y preservar intacta la “fuerza vital”; es preciso, por lo tanto, ropa simple, funcional, durable, útil, poco costosa. Hay que remendar, reparar. Seguir la moda es transformarse

en un perchero.

Hay que simplificar la alimentación: comer es reponer las fuerzas perdidas con alimentos simples, sanos y que no sean caros. Hay que cultivar el propio trigo, hacerse el pan, tener una huerta, eliminar el azúcar y reemplazarla por la remolacha, pasar gradualmente de un régimen carnívoro a uno vegetariano, evitar los excitantes inútiles —ni café, ni té, ni alcohol, por lo tanto—, y tomar agua.

Hay que simplificar la actividad: si conocemos la tristeza, la melancolía, el aburrimiento, las preocupaciones, la angustia, es porque vivimos mal. Hay que trabajar para producir y nada más. Se invertirá entonces el orden de las cosas, y se trabajará el séptimo día para descansar los otros seis. Hay que ocupar el tiempo de otro modo: cuatro horas de caminata por día, meditar en la naturaleza.

Es preciso simplificar las lecturas: leer pocos libros pero buenos, ya que son estos los que contribuyen al proyecto de edificación de sí. Evitar los diarios, que explotan lo que hay de más bajo en el hombre. Los periodistas escriben lo que esperan quienes les pagan; desinforman; formatean el pensamiento de una nación; embrutecen a la población con noticias, chismes, historias de perros atropellados; son incapaces de analizar; no se ocupan de lo que dura.

La quinta: “Hazte de un cuerpo perfecto”. La práctica de los ejercicios espirituales precedentes contribuye a producir un cuerpo perfecto. Sobriedad, frugalidad, simplicidad, austeridad, todo eso genera un cuerpo sano, limpio y magro, por lo tanto un alma impecable. El sabio ya no teme la lluvia, el frío, el calor, la sed, el hambre, el aburrimiento, el miedo, la melancolía, la angustia, la pena, la desesperación. Así entonces es libre...

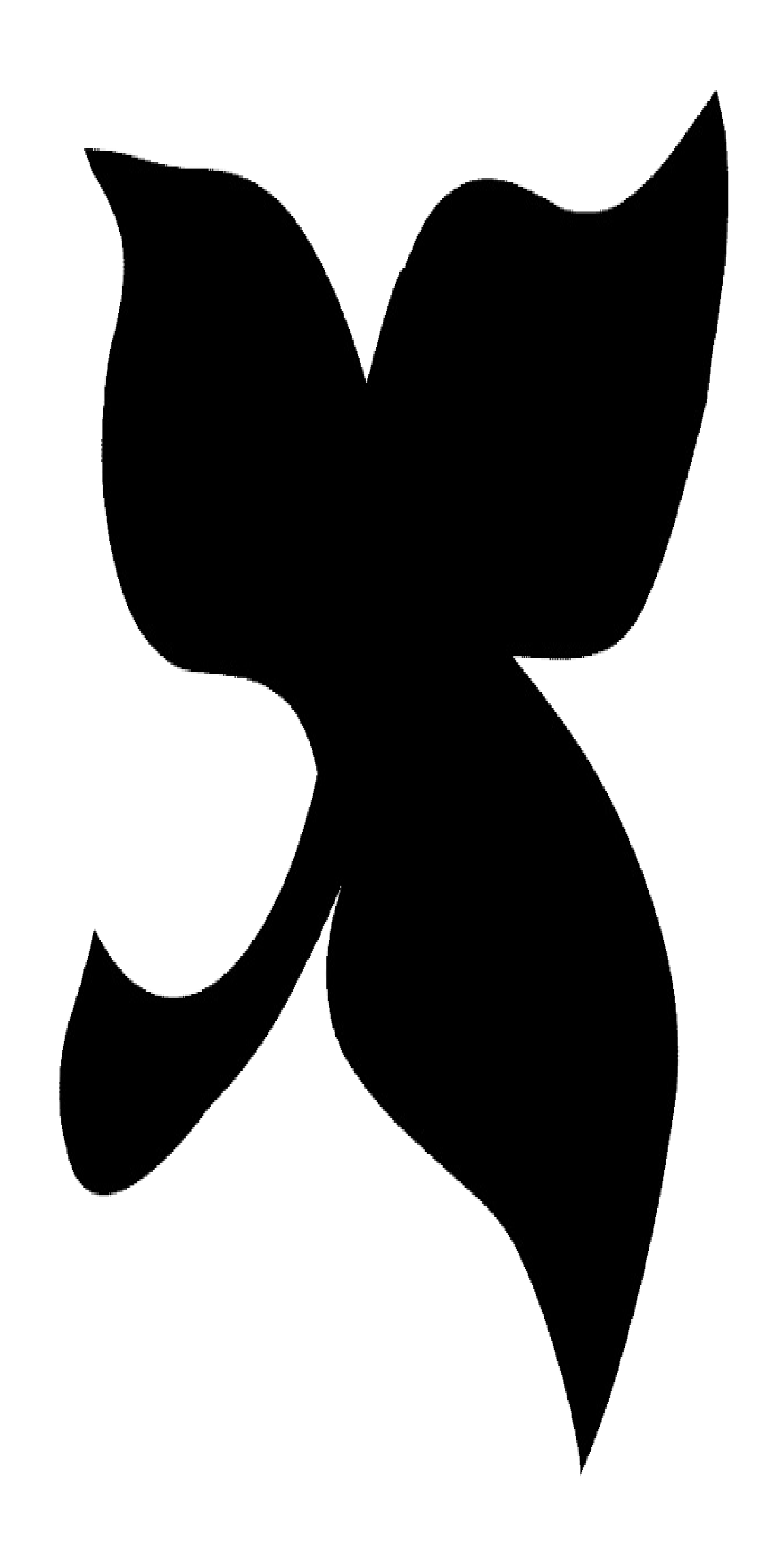
La sexta: “Vive libre y sin lazos”. ¡Nos cuesta imaginarnos a Thoreau casado y padre de familia! Incluso si en su juventud había manifestado pasión por una muchacha, lo que muestra que no estaba desprovisto de libido o que los encantos de la señora Emerson hubieran podido enredarlo, Thoreau fue un soltero empedernido. Disfruta de su compañía más que la de los otros, a quienes mantiene a distancia. En cuanto a la humanidad, no hablemos de eso. Escribe claramente: “Yo no me precipitaría a la esquina de la calle para ver al mundo esfumarse”...

Detesta la domesticidad en los animales, ¿cómo podría quererla para los seres

humanos? Una bestia salvaje debe permanecer así; es ridículo querer transformar a un lobo en animal de compañía o esperar hacer un lobo de una oveja.

No le preocupa en absoluto hacer el bien por la humanidad. La filantropía lo asquea. La caridad mantiene la injusticia. Dar limosna es acostumbrar a los pobres a la asistencia. Se mantiene de esta forma un sistema que debería eliminarse. Thoreau no cree más que en la revolución espiritual. Si él debiera hacer un gesto para salvar la humanidad, no lo haría, nos dice.

Pero el gruñón no era tan misántropo como simulaba ser. El esclavismo hará de él un militante político abolicionista en un segundo momento de su vida. La muerte le impedirá a ese Thoreau desarrollar su fibra revolucionaria. Su Apología del capitán John Brown hizo de él un defensor de la violencia política. El pensador pacifista de Desobediencia civil renunciaba entonces a la revolución pacífica para preferir la violencia... ¡Ay! La muerte lo elige a él.



Walden comporta una utopía política. Esta es al menos mi hipótesis. La cosa nunca se dice. Merece, sin embargo, ser precisada. Thoreau describe una casa primitiva construida en una edad de oro, hecha con materiales sólidos y sin ornamentos. No tiene cielorraso, las estructuras son visibles, las vigas están desnudas. Es profunda como una caverna, hace falta una antorcha para ver el techo. Una sola y vasta pieza sirve de cocina, de dormitorio, de oficina, de salón, de ático. Una gran chimenea calienta al viajero de paso, que es siempre bienvenido. Un estofado se cocina en el fuego todo el tiempo. El horno cocina el pan que perfuma el ambiente. Colgados en una clavija, todos los objetos son útiles y visibles.

Entre quienes la habitan, algunos viven cerca del fuego; otros, junto al marco de la ventana; otros todavía viven sobre los bancos; o bien al fondo de la sala. Si queremos vivir como una araña, dice Thoreau, podemos vivir en las vigas... Vivimos lo que queremos, cuando queremos, como queremos. Todos duermen, comen, conversan, se asean a su tiempo. La hospitalidad es total.

Un rey, una reina, un paisano conviven allí en total sencillez. Esta comunidad permitiría la práctica de las virtudes propugnadas por el filósofo: simplicidad, austeridad, rusticidad, funcionalidad, verdad, autenticidad, frugalidad, sobriedad, sinceridad, felicidad, libertad, bondad, tranquilidad, bienestar.

¿No es acaso una abadía de Thelema estadounidense? ¿Una utopía concreta que cada uno puede empezar a practicar desde el instante en que lo decide? Thoreau enseña la verdadera revolución, la única que vale la pena y que no derrama sangre: esa que permite cambiar el orden del mundo, cambiando uno e invitando a los demás a cambiar.

5. La contrafricción que detiene la máquina

Deja que tu vida sea la contrafricción

que detenga la máquina.

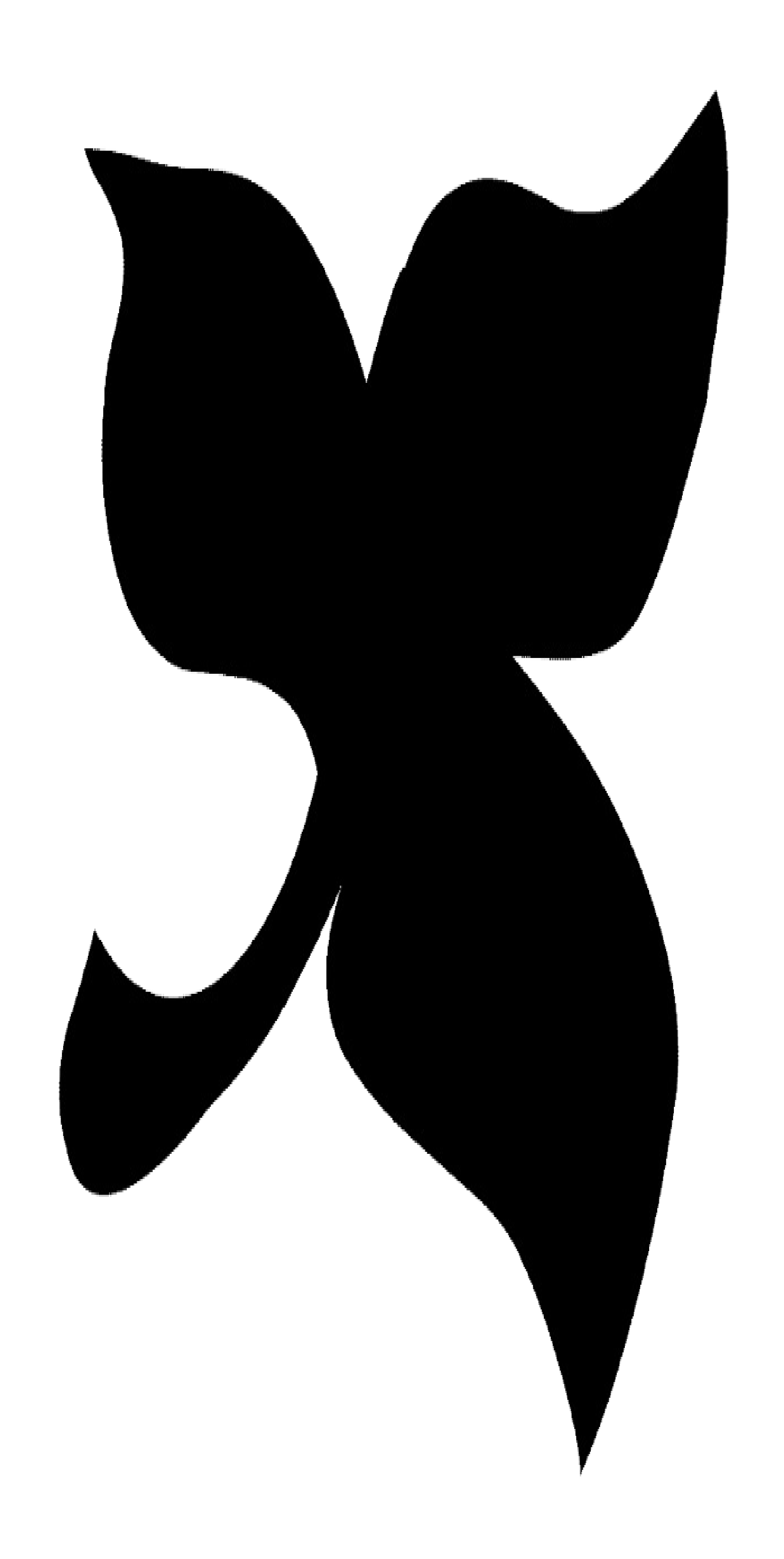
Henry David Thoreau

Desobediencia civil.

Existen varios Thoreau políticos: el ecologista de la juventud, autor de El espíritu comercial de los tiempos modernos y su influencia sobre el carácter político, moral y literario de una nación —es entonces un estudiante de veinte años en Harvard,un muchacho—; el pacifista de Desobediencia civil, que se convertirá en el maestro de pensamiento de Mahatma Gandhi y Martin Luther King; el individualista de Walden; el violento de los últimos tiempos, que desprecia el esclavismo y quiere terminar con esta ignominia, y hacerlo por las armas, el pensador de Apología del capitán John Brown. Pero se trata por supuesto del mismo Thoreau.

Es el mismo Thoreau según distintos ángulos de ataque, un poco como la Estatua de la Libertad es la misma en cuanto tal, pero diferente si la miramos de lejos, desde el pie, de frente, de espaldas, desde adentro o por afuera. Thoreau fue un libertario, esa es su espina dorsal política. Lo fue de diferentes maneras según los tiempos, las edades, los acontecimientos que atravesó: ecologista y libertario, pacifista y libertario, individualista y libertario, violento y libertario. Pero siempre libertario, es decir, haciendo de la libertad —y no de la licencia que es la ley de la selva— el soberano bien. La libertad, para él, es la autonomía, la independencia, la soberanía sobre uno mismo. Es el arte de darse las propias reglas y de vivir de acuerdo con estas, sin jamás dañar a los demás. Es la escultura de sí, la construcción de sí, sin referirse a un catecismo, aunque sea un catecismo contra los catecismos.

Ecologista frente a lo que todavía no se llamaba la sociedad de consumo, la modernización, el poder absoluto de la técnica, la ofensa hecha a la naturaleza, los artilugios de la modernidad, el poder absoluto del dinero, la tiranía de los periodistas; pacifista cuando se niega a pagar sus impuestos sabiendo que su dinero financiará la guerra de los Estados Unidos contra México e invita a todos a hacer lo que cree necesario para lograr una revolución por capilaridad; individualista cuando corta el nudo gordiano entre transformarse y transformar el orden del mundo, porque transformarse es contribuir a transformar el orden del mundo; violento cuando entiende que no se responde a la violencia física con palabras, porque contentarse con el verbo o con la desobediencia no es suficiente en algunos casos y lleva al martirio, ya que los violentos no dudarán en abatir a los no violentos.



Lo hemos visto en sus escritos de juventud, el muchacho lleva en sí todas las potencialidades del hombre maduro. Ya es políticamente lo que no dejará de ser en este aspecto. Una excepción, una singularidad, una subjetividad, una figura inclasificable. Un hombre libre, una mercancía rara entre los filósofos tanto como entre los hombres comunes. Thoreau no quiere seguir ni guiar, ni tener un maestro ni convertirse en un maestro, ni ser mandado ni mandar, mientras que tantos hombres que no quieren ser controlados no dejan de controlar a otros.

Thoreau quiere llevar una vida filosófica, y esto, para él, se confunde con llevar una vida simple. No trabajar más allá de lo necesario para satisfacer sus necesidades básicas. Sin familia: estar a cargo de ciertas almas, mujer y niño, es vivir para ellos, entonces dejar de vivir para uno mismo. Sin patria: ¿qué significan las fronteras humanas cuando la naturaleza impone las suyas con montañas y llanuras, ríos y océanos? Sin lazos: no quiere depender de nadie y no quiere que otros dependan de él. Sin obligaciones morales de cara a los demás: la moralidad es un asunto entre uno mismo y uno mismo. Sin horarios: cada uno debe vivir a su ritmo, según sus necesidades, en función de sus deseos. No una vida mutilada, sino una vida inventada. Ningún ideal separado de la vida: hay que realizar los sueños, caminar en compañía de un ideal. No una vida prefabricada, sino una vida vivida como una obra de arte, como una creación original, sin dobles.

Los demás no forman parte de sus preocupaciones. Regularmente declara su desprecio por la filantropía. Cuando un incendio asola la tierra de un vecino campesino después de una torpeza por su parte durante un picnic con un amigo, una maldición para el granjero, Thoreau se acomoda sobre un montículo y contempla el fuego sin ninguna empatía por el hombre asolado. La belleza del espectáculo, su carácter sublime, es más importante para él que el daño y las pérdidas. Estamos en abril de 1844.

¿Es esto un signo de narcisismo, egoísmo, egocentrismo? En febrero de 1852, Thoreau responde a este reproche: “Si hay personas que me creen vanidoso, que piensan que yo me pongo por encima de los demás y canto victoria, sepan que yo podría contar una piadosa historia sobre mí tanto como ellos, si tuviera el corazón suficiente para hacerlo; la lista de mis defectos es lo suficientemente larga como para animarlos, y podría enumerar faltas tan repugnantes como nunca han ofendido al cielo; sepan que pienso peor de mí que lo que nunca ellos

podrían pensar, porque me conozco mejor que ellos. Seré tan bueno como pueda. Les entregaré este secreto si no se lo cuentan a nadie”.

A Thoreau no le gusta la naturaleza humana, no porque se ame a sí mismo, sino porque probablemente piensa que, a los ojos de la naturaleza, el hombre no está a la altura. En la “naturaleza humana”, lo que le molesta es lo “humano”... Los humanos han olvidado su naturaleza en favor de una cultura que los ha alejado de lo esencial, a diferencia de los indios, que son, todavía, los guardianes de una verdadera sabiduría inmemorial. El hombre es su propio predador; destruye también la naturaleza. No se trata de ponerse del lado del hombre contra la naturaleza: él se pone del lado de la naturaleza contra el hombre.

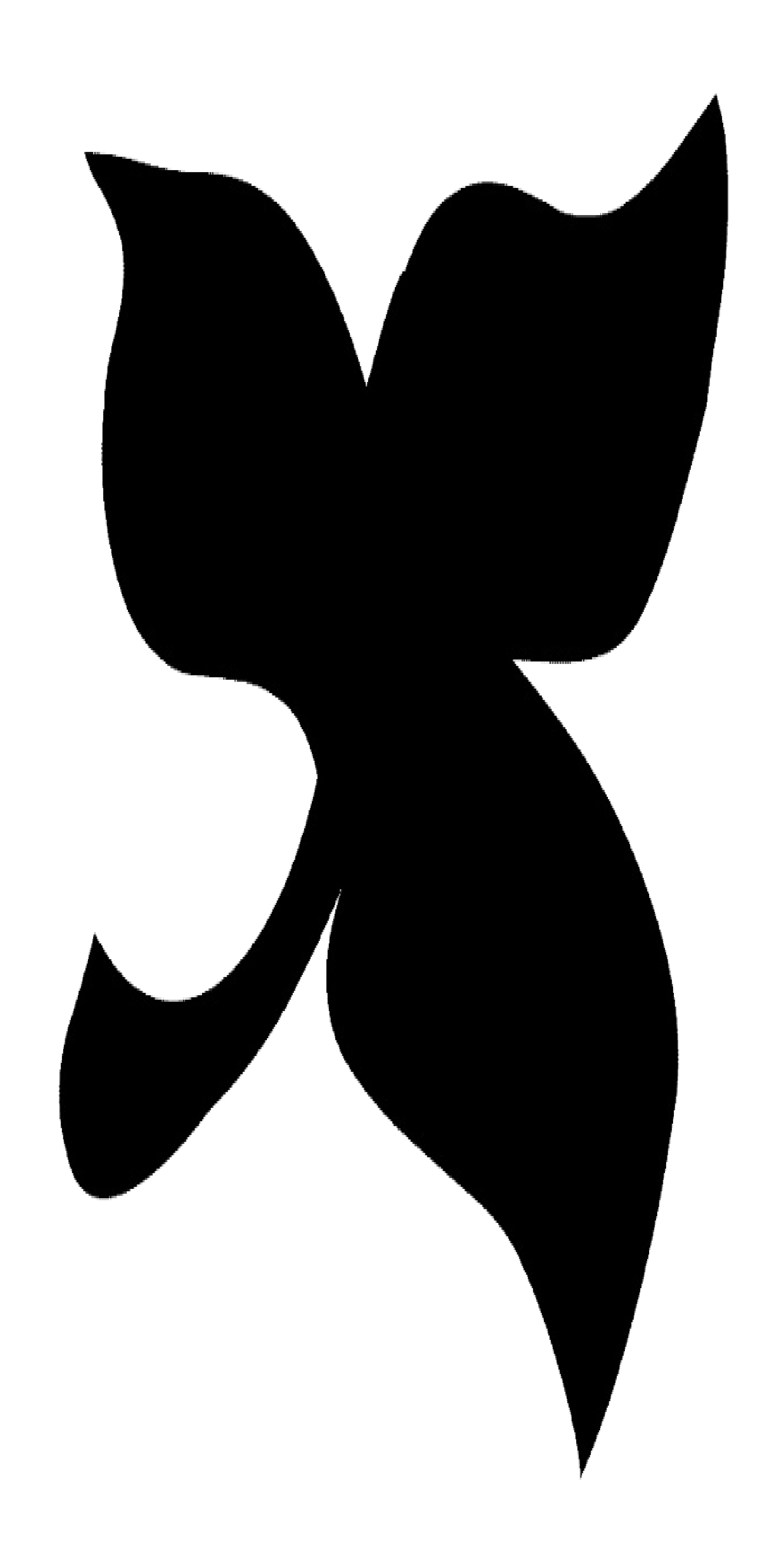
Este es el sentido de ese texto de juventud, El espíritu comercial de los tiempos modernos y su influencia sobre el carácter político, moral y literario de una nación. Thoreau tiene veinte años, este es su discurso de graduación de la prestigiosa escuela de Harvard, en 1837. Ante la asamblea de profesores al completo, también frente a sus compañeros de estudios, Thoreau admite su desprecio por el espíritu comercial; critica al rey dinero; fustiga la mecanización; elogia una vida de resistencia a estas divinidades modernas.

Para vivir, se convierte en profesor de la escuela pública de Concord. Rechaza los castigos corporales, lo que disgusta a la institución. Renuncia. Al año siguiente, en 1838, abre una escuela con su hermano. Los principios que los animan son libertarios: salidas de campamento, herborización en la naturaleza, por supuesto, ningún maltrato corporal, los niños están incluso involucrados en el proceso disciplinario.

Estudiante rebelde, profesor indisciplinado, no hay nada que este temperamento libertario ame más que la vida al aire libre, en la naturaleza. En 1839, parte con su hermano en una excursión por agua durante dos semanas y escribe Una semana en los ríos Concord y Merrimack. Su hermano tiene problemas de salud, cierran la escuela. El libro se publica diez años después. Su hermano muere de tétanos, entre tanto, el 12 de enero de 1842. Cuatro años después de su publicación, vende 225 copias de este libro y regala veinticinco de ellas. La imprenta le devuelve las 716 copias no vendidas, lo que lo hará escribir: “mi biblioteca contenía casi 900 libros, de los que más de 700 estaban escritos por mí…”.

A petición de Emerson, informa sobre la obra del tecnófilo fourierista John A.

Etzler, quien cree que la tecnología liberará al género humano del dolor, el sufrimiento y el trabajo. Título del libro: El paraíso al alcance de todos los hombres, sin trabajo, por la potencia de la naturaleza y de la mecánica. Resumen del libro: nada de lo que Etzler predice es de interés; maquinaria agrícola, energías renovables (eólica, solar, marítima), gobiernos iluminados. A esta ecología tecnófila proveniente de Fourier, Thoreau opone la reforma moral, la satisfacción solo de las necesidades indispensables, una relación pacífica con los animales y la naturaleza, un comportamiento ejemplar. En ese momento, el combate entre Etzler y Thoreau inicia la oposición entre los ecologistas tecnófilos y los ecologistas tecnófobos. Ecología de las ciudades contra ecología del campo.



Entre las conferencias que da sobre Concord, una se llama Caminar. El hombre se presenta allí no como un producto de la cultura, un elemento de la sociedad, sino como un fragmento de la naturaleza. No se trata para él de hacer un elogio de la caminata como actividad del tiempo libre, ¡como una buena práctica para la salud o como deporte de la tercera edad!

Thoreau hace de la caminata una ascesis radical que no tiene nada que ver con la salud, el ocio o la relajación: "Si usted está listo para dejar a su padre y a su madre, a los hermanos y hermanas, a la mujer, a los hijos y amigos para no volver a verlos nunca más, si ha eliminado sus deudas, redactado su testamento y arreglado sus asuntos, si por fin es un hombre libre, entonces está listo para caminar". Caminar es, por lo tanto, caminar hacia el destino de cada uno, lo que supone un despojamiento total para encontrarse cara a cara consigo mismo y construirse con ese material purificado por la marcha.

Lo ideal sería caminar cuatro horas al día. Lo que significa: terminar con las oficinas, los salones, los espacios cerrados. Además, la caminata no se realiza en jardines, plazas, explanadas, en el césped o los espacios verdes de las ciudades, sino en la naturaleza, el campo, los pantanos y los bosques. Así, no caminaremos por las rutas, que fueron construidas para caballos, automóviles y hombres de negocios, sino por los senderos, en contacto directo con el bosque, la maleza, el campo.

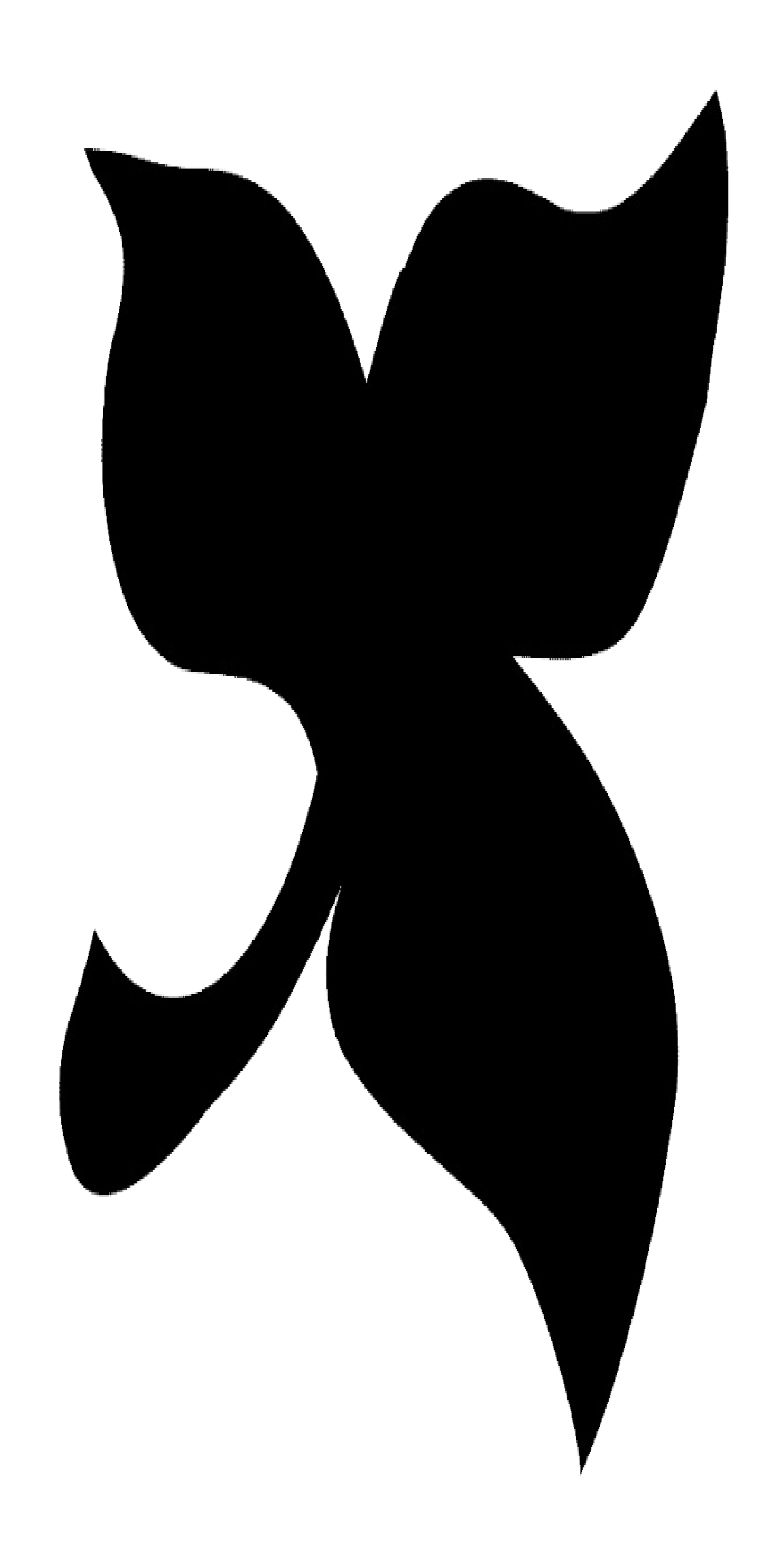
El caminante no irá a ningún lugar en particular, sino al oeste en general, ya que esa es la dirección del descubrimiento, de la aventura, de lo desconocido por conocer. Ir hacia el este es ir hacia el pasado, los orígenes, Europa, Grecia. Obedeceremos el instinto migratorio de los animales, el magnetismo de la naturaleza que nos anima si sabemos cómo recordarlo y aprender de sus lecciones.

Es preciso reencontrar en nosotros la parte animal y salvaje, primitiva. Thoreau admite preferir los olores fuertes de la rata almizclera y del trampero a los del profesor que pasa su tiempo en las bibliotecas. "Lo que es salvaje va bien con la vida y lo más vivo es también lo más salvaje", afirma el filósofo.

Porque el conocimiento, la cultura, los libros, las bibliotecas no sirven de nada cuando nos alejan de la naturaleza. ¡Y tan a menudo es ese el caso! ¿Dónde están

los libros que nos devuelven a la naturaleza? Hay que encontrarlos, leerlos, meditarlos para hacer de la lectura una actividad en simbiosis con la caminata.

Thoreau trepa a la cima de los árboles: es desde ahí donde ve mejor el mundo, donde comprende lo que cualquier libro le permite comprender. En la cima del follaje, lejos del mundo y de la gente, lejos de los libros y las bibliotecas, está realmente en “sintonía con la inteligencia”…



Otra conferencia se titula Una vida sin principios. Junto con Caminar, constituye un alegato por una política de la ecología, más que por una política ecologista. No se trata de confiar en los gobiernos la preservación de la naturaleza: la mecanización está en camino, la industrialización también, la civilización hace que la ley sea antinatural. Es necesario llevar una vida ecológica, y no ecologista, es decir, una existencia en simbiosis con la naturaleza, no en compañía de la naturaleza, frente a ella, con ella, sino en ella, íntimamente en ella.

En esta conferencia, Thoreau se opone al trabajo que nos impide ocuparnos de cosas realmente esenciales: la poesía, la filosofía, la vida. El trabajo asalariado degrada al hombre; lo rebaja, lo constriñe. Critica a los herederos, así como a los asistidos: vivir de una herencia o de una ayuda del Estado resulta igualmente indigno para un hombre digno de ese nombre. Desprecia el oro y se explaya contra aquellos que participaron en la fiebre del oro, una elección abominable, inmoral, cobarde. Los estadounidenses son "esclavos de una tiranía económica y moral". Esclavos de los negocios, los prejuicios, las convenciones, el comercio, la industria, el dinero. La política, sea cual sea, nunca pone en cuestión estos vicios. Los diarios celebran estos vicios y los hacen pasar por virtudes.

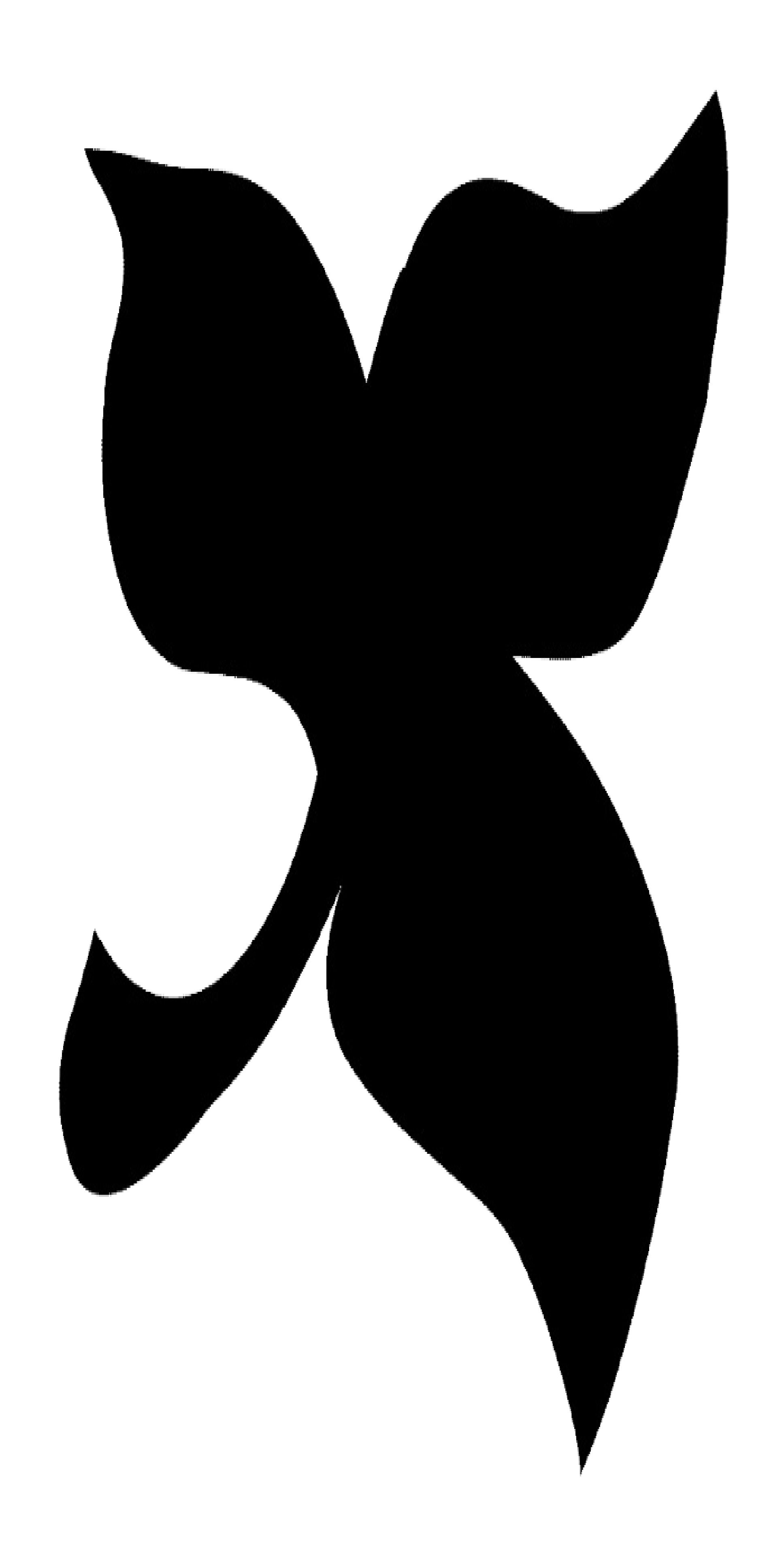
La prensa convierte lo accesorio en esencial, se demora en lo fútil y nos desvía de lo fundamental: la vida filosófica. Las noticias ocupan todo el espacio, las cosas vulgares se instalan al frente de la escena. Desde entonces, esta vulgaridad nos infunde, nos contamina, nos ensucia. A diferencia de Hegel, quien hacía de ello la oración matutina obligatoria del pensador, uno debe mantenerse alejado de los diarios.

Es por eso que Thoreau ataca a la prensa. Escribe: "leer el diario una vez a la semana sigue siendo demasiado para mí". Más tarde, en La esclavitud en Massachusetts, agrega: "Ningún país, sin duda, ha sido gobernado jamás por una clase de tiranos tan pésimos como lo son, con algunas nobles excepciones, los redactores de la prensa de este país. Y mientras viven y reinan por su servilismo, apelando a lo más bajo —no a lo mejor— de la naturaleza humana, las personas que los leen son como el perro que regresa a su vómito". Y después –no nos neguemos el gusto– se refiere al Boston Herald: "Cuando tomé este diario, después de arremangarme, escuché el gorgoteo de las alcantarillas en cada columna. Sentí que tenía en mi mano un diario recogido de la zanja, una hoja

desprendida del evangelio del garito, el cabaret y el burdel, respondiendo a coro al evangelio de la Bolsa de Valores”.

Thoreau confiesa no leer los diarios que hablan de política. La política, para él, no es la política de los políticos, sino política en el sentido noble y antiguo del término: la vida en la ciudad. ¿Su fórmula política, en esta primera época de su vida? Vivir fuera de la ciudad, lejos de ella, sin darle importancia; es decir, por oposición, en la naturaleza. Llevar esta vida que hoy llamaríamos “minimalista” es una opción política. Lo que le permitió escribir en Desobediencia civil: “que tu vida sea la contrafricción que detenga la máquina”.

En nombre de esta tesis, podemos, por tanto, despreocupados del mundo y de los demás, vivir en el bosque, preocupándonos solo por conocimiento de la naturaleza, la alegría de estar en ella en toda oportunidad, todas las estaciones, todas las horas del día y de la noche. Vivir una vida filosófica se confunde entonces con el ejercicio de la naturaleza como ocasión para una serenidad construida. Olvidar a los hombres, apartar la mirada de la humanidad, no preocuparse por lo que hace a la vida cotidiana de la humanidad y asegurar la salvación del individuo, la singularidad desconectada del resto de sus semejantes, que son bastante distintos. Este es el tiempo de Walden, “el ojo líquido de la tierra”, como dice en su diario en diciembre de 1840. El tiempo de la cabaña trascendentalista.



En nombre de esta misma tesis, ser la contrafricción que detiene la máquina, también se puede desear ser una fuerza de resistencia más que una fuerza de inercia. Fuerza de inercia: vivir en el bosque. Fuerza de resistencia: desobedecer para lograr lo que nos parece justo. Ya no vivir para sí, sino vivir contra lo que impide vivir para sí.

Esta es la segunda época en la breve existencia de Thoreau. La época de Desobediencia civil, un enorme pequeño libro. No sé si habrá leído el Discurso sobre la servidumbre voluntaria, de Étienne de la Boétie. Es poco probable. Habría sido precisa una traducción estadounidense en ese momento, y el carácter casi confidencial de este texto durante siglos, incluso en Francia, hace que sea muy improbable una traducción, incluso inédita. ¿Una conversación, tal vez, con alguien que hubiera leído el texto del amigo de Montaigne? Bastante improbable también, precisamente por la confidencialidad francesa de ese texto.

Es cierto siempre que el libro de Thoreau posee una asombrosa fraternidad intelectual. Uno y otro abren el camino para una práctica política libertaria radical (en la que me reconozco). No hay, ni en uno ni en otro, un llamado al crimen, a la muerte ni a la sangre; no hay cabezas en el cadalso o al final de las picas para lograr la libertad; ninguna guillotina, ningún terror, ningún campo de concentración en nombre del bien de los decapitados o los presos; ninguna masacre de hombres en nombre de la humanidad; ningún ejército o milicia, ni soldados tirando sobre los hombres por la felicidad futura; solo una receta extremadamente simple: el poder no existe más que por el consentimiento de aquellos sobre los cuales se ejerce, y alcanza con no consentir para lograr que el poder colapse. Así. Es todo. Punto.

No hay necesidad de largos discursos o de obras completas largas como un brazo en el estante de una biblioteca para explicar cómo lograr la felicidad de los hombres, obras como las de Lenin o Stalin, Trotski o Mao; no hace falta nada más que este llamado a la responsabilidad y a la voluntad de todos: ya no querer en los hechos lo que se pretende no querer en las palabras. Actuar y reaccionar, dejar de llorar. La revolución es cuestión de voluntad aquí y ahora, no de un ideal para mañana o pasado mañana.

¿Cómo y por qué Thoreau llega a escribir Desobediencia civil, que también es una manera de salir del bosque? El texto también se traduce como Resistencia al

gobierno civil, lo que está más en línea con el título inglés. Thoreau apelaba a la resistencia y no a la desobediencia; hay en la primera una fuerza de inercia que no está en la segunda, que es fuerza de oposición. El uso que se hizo de este texto ha deformado el texto, y el término ha obedecido a esta deformación.

La genealogía de estas páginas es conocida. Repitámosla brevemente: Thoreau pasó una corta noche en prisión por no pagar sus impuestos durante seis años con el pretexto de que servían para mantener un régimen esclavista al que se oponía. El pago que hace un alma generosa y anónima le permite recuperar la libertad al día siguiente. El guardián de la prisión, que era de hecho una pequeña cabaña en cuyo umbral los prisioneros fumaban sus cigarrillos por la noche, quiso pagar él mismo la multa de Thoreau, a quien conocía. Estamos lejos de diez años en Alcatraz...

Encerrado, el filósofo siente lástima por el Estado y le retira la poca estima que aún le tenía: ¡ciertamente encierran el cuerpo, pero el alma permanece libre! El encarcelamiento es algo ridículo. Fiel a su gran salud vitalista, transforma el inconveniente en ventaja: ¿la puerta se cerró detrás de él, no puede salir, ir y venir? Poco importa. Mira el cielo de su pequeño pueblo natal y se transforma todo en nariz y oídos: escucha los sonidos del mundo, huele los olores y perfumes del mundo. Concord le parece un pueblo medieval, con los sonidos de la noche, las campanadas del reloj, las palabras de la gente que pasa, la conversación de la gente en la cocina de al lado. No se pone en prisión a la inteligencia de un filósofo.

Thoreau no quiere fabricar una ficción, construir un mito con este evento. Solo escribe una conferencia titulada primero La relación del individuo con el gobierno. La da en enero de 1848, al mes siguiente. No hay, en el momento, ni resistencia ni desobediencia en el título. Se publica luego en una revista muy poco conocida, de un solo número, con el título de Resistencia al gobierno civil. Es solo durante una publicación póstuma en 1866 que el texto se convirtió en Desobediencia civil, probablemente a la luz de aquello que el último Thoreau escribió en defensa de John Brown.

Thoreau inaugura su texto con una profesión de fe liberal o libertaria: “el mejor gobierno es el que gobierna menos”. A lo que agrega: “el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto”. Un libertario contemporáneo encontraría allí a sus pequeños... El ideal está en la desaparición del gobierno; por el momento, se trata de trabajar para mejorar el gobierno, y no para su desaparición. Quiere

reformar los tribunales, no terminar con ellos. Admite respetar las leyes y la Constitución, el gobierno y el Estado. Esta vez, puede reconocerse en él un reformador socialdemócrata.

El gobierno no gobierna porque es justo, sino porque es fuerte. Frente a este gobierno, el individuo no tiene que obedecer porque el gobierno sea gobierno (ya que no es más que fuerza y no necesariamente justa), sino porque sea justo. El sentido del bien es lo que debe animar al individuo en su relación con el gobierno, al que solo ve bajo la forma del recaudador de impuestos o el oficial de policía que exige cuentas al que no pagó sus impuestos...

Por lo tanto, él lo obedece cuando es justo; lo desobedece cuando no lo es. Se trata entonces para cada uno de hacer funcionar el propio juicio antes de obedecer o no, y no obedecer estúpidamente. Cualquiera que piense antes de obedecer es considerado por el gobierno como un enemigo. Porque el gobierno quiere ser obedecido por ser gobierno.

Así, mientras en los Estados Unidos una sexta parte de la población viva en esclavitud, el sentido moral nos obliga a no suscribir al gobierno cuando justifica, legitima y legaliza esta abyección. Ninguna ley podría hacer que la esclavitud, que es un mal, sea un bien. Desde entonces, es preciso “pensar en una revolución”, afirma Thoreau. Una revolución: la palabra no se elige inocentemente.

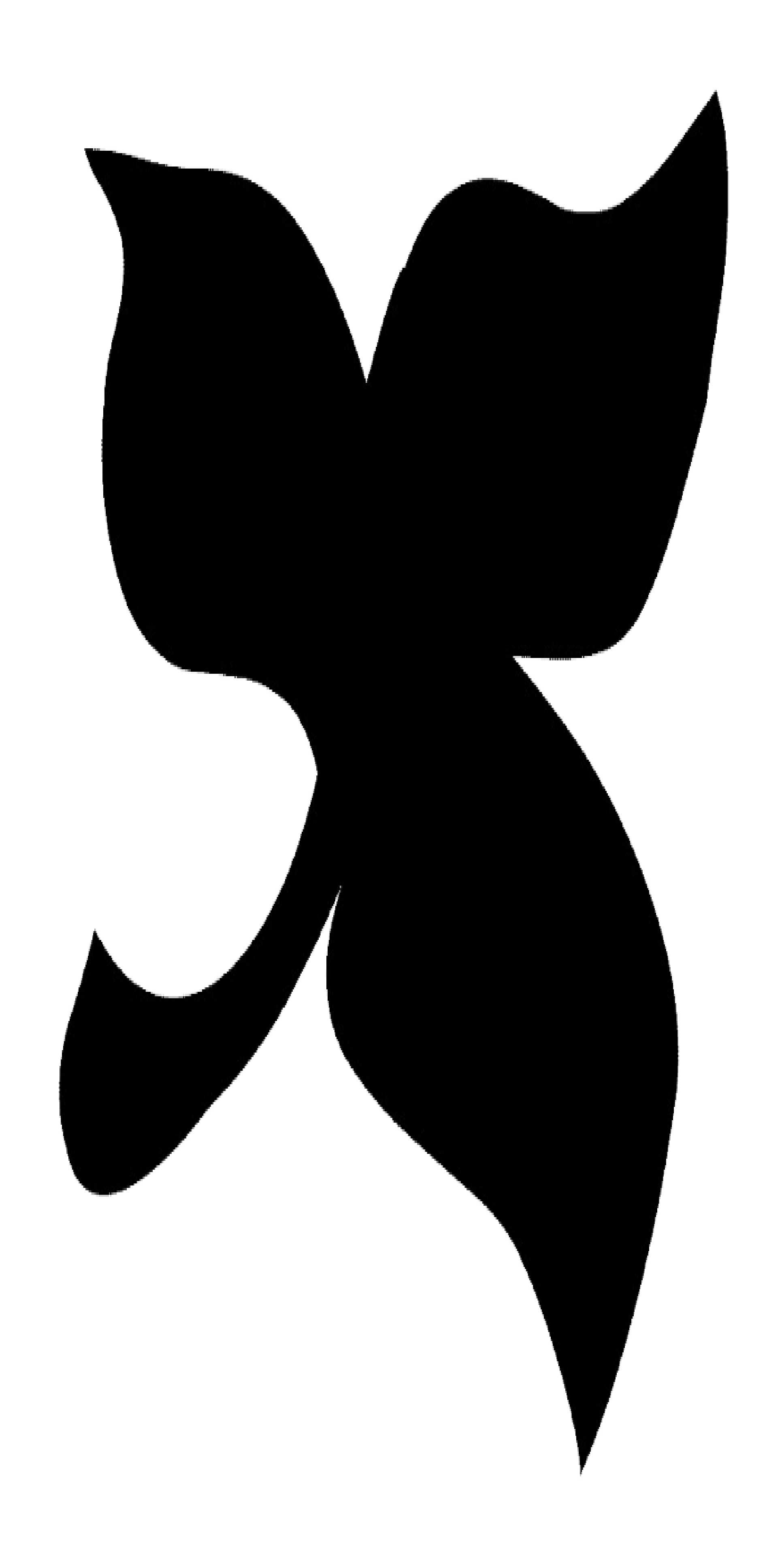
Thoreau defiende el voto. Durante una elección, uno manifiesta su voluntad. El filósofo se opone a la guerra contra México y a su financiamiento. Expresar su oposición a esta guerra se puede hacer en las urnas. También podemos hacer una petición. Está bien.

Pero lo mejor es negarse a pagar sus impuestos. La acción sostenida por un principio, eso es lo “esencialmente revolucionario”. En presencia de una ley injusta, es necesario “transgredir”. Thoreau escribe: “Deja que tu vida sea una contrafricción que detenga la máquina. Es necesario a toda costa que evites dar una mano al mal que condenaste en otra parte”. Y después: “no podemos esperar que un hombre logre todo, sino que haga algo”. Imaginemos el efecto de discurso así en reuniones públicas celebradas en pequeñas salas de pueblo...

Thoreau explica que fue él quien cumplió ese gesto, que no rehace al mundo, pero que bien podría rehacerlo si cada uno hiciera su parte. La experiencia de su

encarcelamiento no vale por su duración o brevedad, su dureza o su carácter relajado, sino por su ejemplaridad. Si un alma buena no hubiera pagado por él, Thoreau podría haber pasado más tiempo en la cárcel. Y podemos imaginar que su carácter no habría reculado ante una detención más ruda y más larga. Había que hacer lo que se hizo, eso es lo esencial.

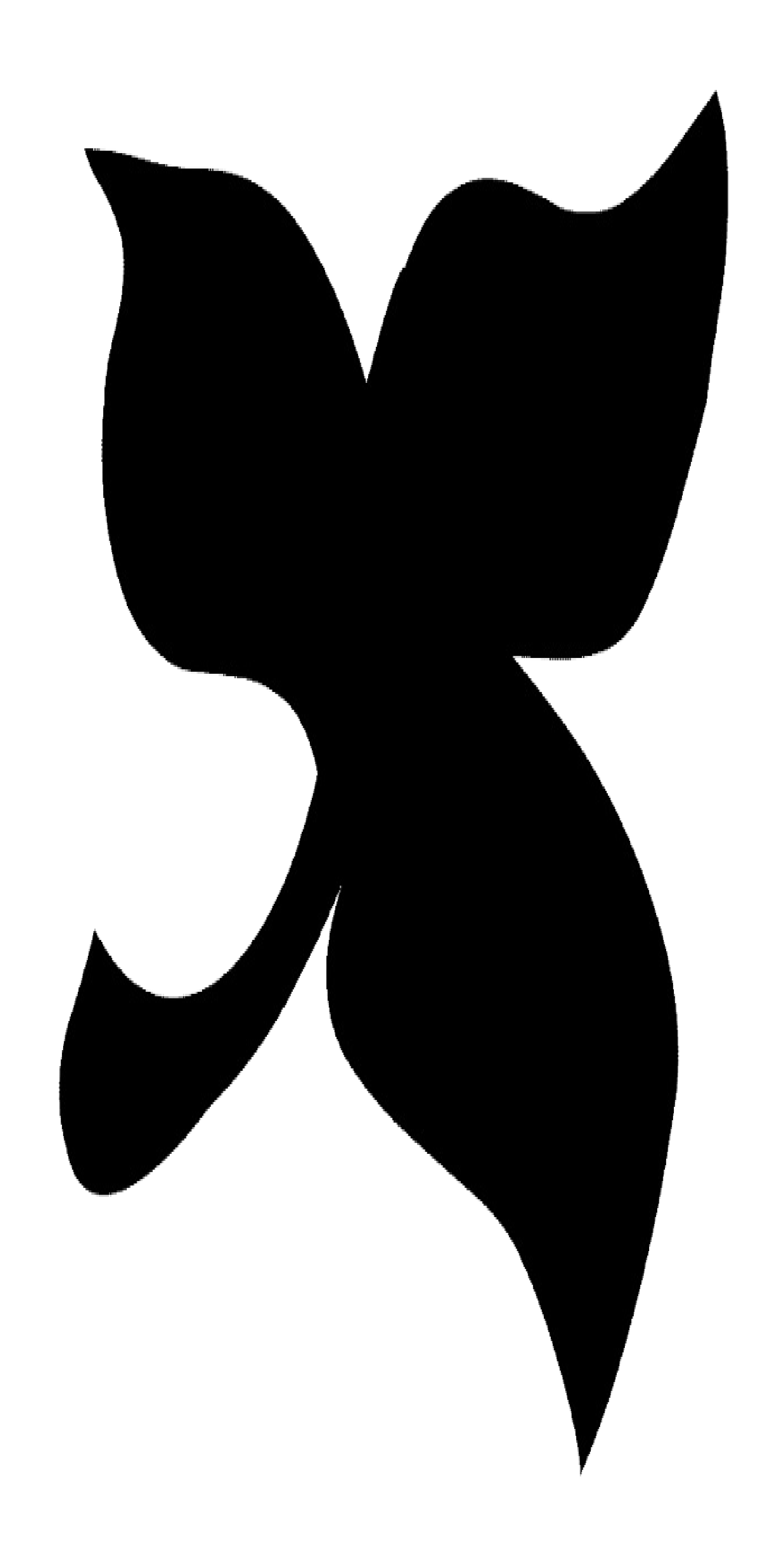
Si todos reaccionaran así, el Estado no podría encarcelarlos a todos. Cuando, apoyando la negativa de muchos ciudadanos a pagar, los funcionarios hubieran renunciado, se habría logrado una “revolución pacífica”. Thoreau confía en la determinación de un puñado de individuos impulsados por la moral y la justicia para incitar mecánicamente lo que se convertiría luego en una revolución. A él no le importa, ¡ay!, pensar o especificar los medios para realizar el paso del acto individual a la inmensa ola colectiva que se supone debe cubrir el viejo mundo. A falta de un movimiento masivo o mayoritario, la acción individual sigue siendo una protesta que no preocupa a los gobiernos, porque pueden reprimirla fácilmente. Solzhenitsyn no pudo, solo, hacer colapsar la urss, pero contribuyó a ello.



La experiencia de Walden es también una aventura política: afirmar que la filosofía no es una actividad especulativa sino existencial es en sí un gesto político. Allí leemos: “ser filósofo no es solo tener pensamientos filosóficos, ni siquiera es fundar una escuela, es amar tanto la sabiduría como para vivir según sus juicios, una vida de simplicidad, independencia, generosidad y confianza. Es resolver algunos de los problemas de la vida, no solo en la teoría, sino en la práctica”.

El filósofo lleva una vida filosófica, es decir, vive su pensamiento y piensa su vida, y eso es propiamente una dialéctica política en la medida en que produce efectos en la ciudad. Esta vida, tan poco material o materialista, tan susceptible de trabar las ruedas de la máquina capitalista, es revolucionaria.

La pobreza voluntaria en un mundo donde la riqueza hace la ley, la escasez contra la abundancia, la sobriedad contra el gasto, la sencillez contra la sofisticación, el ascetismo contra la riqueza, lo intempestivo contra la moda, la utilidad contra la superficialidad, el despojo contra la opulencia, lo necesario contra lo superfluo, la autosuficiencia contra el comercio, la independencia contra la dependencia, la frugalidad contra la profusión, el ocio contra el trabajo, he aquí un verdadero proyecto político... Al final de Walden, Thoreau escribe: “Llegará el amanecer de un día más brillante”.



Ecologista, pacífico, individualista, este Thoreau piensa al mundo y al gobierno, a los demás y a su prójimo, como formando parte del mismo universo ontológico: son todo lo que no es él y, por este motivo, cuenta como casi nada o bastante poco. No es que esté en contra de los demás, pero no tienen para él ninguna importancia.

Ciertamente, no le gustan la esclavitud ni la guerra, lo que sigue siendo una forma de considerar que la vida de los otros no es una cantidad insignificante. Recibe esclavos fugitivos en su cabaña. Thoreau no está pues tan enojado con los demás y con la felicidad de los otros como para decirlo. Acordémonos de sus tres sillas, dos para los amigos, una para él. Ya no vemos al oso mal lamido, al salvaje que no quiere que lo importunen si entra en un arco iris para alimentarse de sus cromatismos y de su luz, atento a la trucha alpina en el río o la marmota en la hierba, verdadero enemigo de la humanidad. ¡Un verdadero enemigo de la humanidad no habría tenido más que una silla, la suya! No quiere que nada ni nadie lo distraiga de lo esencial: la construcción de sí como una subjetividad libre.

Su revolución política es entonces ecologista, individualista, espiritual, filosófica, rebelde, pacífica. Después toma un verdadero giro con La esclavitud en Massachusetts. En 1850, una ley federal obliga a los estadounidenses a denunciar a los esclavos fugitivos. En Boston, en 1854, varios esclavos son arrestados, después encarcelados. Hay abolicionistas que protestan por su liberación. También son ellos arrestados y encarcelados.

En consecuencia, Thoreau considera que el Estado le declara la guerra y que, por lo tanto, debe llevarla a cabo. Escribe: “Tengo la sensación de que el Estado, en cierta medida, se ha inmiscuido de manera perjudicial en mis actividades legítimas”. Thoreau suscribe al contrato social siempre que el Estado cumpla con su deber; cuando ya no lo hace —y con esta ley ya no lo hace— entonces se siente moralmente liberado y recupera su derecho de alzar la mano contra aquel. Thoreau participa en una manifestación abolicionista durante la cual se quema un ejemplar de la Constitución.

Thoreau ataca a los soldados, a los militares, sacerdotes, periodistas, predicadores, a la escuela, al Estado, la Iglesia, el dinero, los políticos. Escribe: “Pienso constantemente que el Estado debe ser asesinado, y mi espíritu no puede

dejar de conspirar contra él”. Pero recoge un nenúfar y recupera su serenidad.

El efecto del nenúfar solo durará un tiempo. En 1854, John Brown abandona su granja para organizar la lucha armada contra la esclavitud. Con un pequeño grupo, mata a cinco colonos esclavistas desarmados. Thoreau se encuentra con Brown en 1857 y en 1859.

Brown es arrestado mientras asaltaba un arsenal para armar a esclavos liberados y federarlos en milicias. Es encarcelado, condenado, juzgado y ahorcado el 2 de diciembre de 1859. Thoreau, que lo había apoyado mientras esperaban la sentencia, escribe Apología del capitán John Brown, que aparece a fines de octubre de 1860. El pensador que invitaba a la reforma espiritual pacífica cambia de rumbo: hace de un hombre que mata en nombre de sus ideas un héroe convertido a las virtudes de la acción radical.

John Brown es ascendido a capitán, se lo provee de todas las virtudes, el puritanismo y el ascetismo, la virtud y el heroísmo, la devoción y el coraje, el carácter espartano y la fibra trascendentalista. Thoreau suscribe a sus comentarios, su teoría, su doctrina, sus actos, su acción. El filósofo que rechazaba cualquier subordinación ahora se afilia a quien retrata como a un Cristo estadounidense crucificado por el gobierno esclavista. Agrega: “No quiero matar ni hacerme matar, pero puedo imaginarme que llegará el momento en que uno u otro sean inevitables. Es a través de los actos de violencia cotidiana que nosotros salvaguardamos la pretendida paz que reina en la comunidad”. Elogia entonces la lucha armada...

Este período de renuncia a la sabiduría ecológica y pacífica, espiritual e individualista coincide con el agravamiento de su estado de salud, en diciembre de 1860. Como si el progreso de la tuberculosis obligara a su espíritu a decirle sí a la pulsión de muerte que tomaba cada vez más espacio en su carne, y por lo tanto en su alma.

Thoreau sabe que va a morir. Está tranquilo, calmo, en paz. Se toma las cosas con naturalidad. Está preparado. Un amigo se preocupa por el estado de su espíritu antes de abandonar este mundo por otro. Thoreau le responde: “Un mundo a la vez...”. Muere al día siguiente, en Concord, a las 9.00, el 6 de mayo de 1862. La mañana prometía toda su belleza. Los manzanos estaban en flor.